



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arco. Sra. Avellaneda. Sras. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Alvarado, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Bui-trago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campañor, Camús, Canals, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuetto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas-Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulata, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figueroa-Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch-Iriarte, Jamer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasasón y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Señoría Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.encillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Junio de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—La Unión Hispano-Americana, por Ramón de Sanjuán.—El Movimiento religioso en Europa y América, (conclusión), por Nicolás Díaz y Pérez.—Lola, (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Mari-Castaña, por A. Pérez Gómez Nieva.—Méndez Núñez, por José Alvarez Sierra.—El Archipiélago Filipino, por R. Ortiz y Beneyto.—Africa española, por Ezequiel Solís.—Las enfermedades de la personalidad, por Teobaldo Nieva.—El Arte, por Ramón de Sanjuán.—El Romancero de Joló, por José Alvarez Sierra.—Del poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarria y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Hecha ya la fusión del partido fusionista y gran parte del izquierdista ¿se puede dar por formado el partido liberal?

De optimista debe ser tachado quien tal creyera. Porque de un lado quedan todavía acampados más allá de las fronteras de la legalidad los elementos republicanos, irreconciliables como tales, con todo lo que tiene la restauración de espíritu de resistencia.

Esto sin contar con que de otro lado, dentro de las combinaciones posibles de la política restauradora, queda fuera de la conciliación liberal el general López Dominguez con un núcleo escaso y de poco valor, pero con todos los prestigios que le da su uniforme y con la posibilidad de agrupar en un caso dado y para determinadas empresas, elementos potentísimos.

Sin embargo, el partido liberal monárquico ó de conciliación, tal como hoy está formado con el Sr. Sagasta, acatado como jefe por los Sres. Montero Rios, Martos, Balaguer, Moret, Beranger, Sardoal... tiene base más que suficiente y derecho sobrado á ocupar el

poder que sólo se concedió á los conservadores á título precario, ínterin se unían los liberales.

Y no se diga que los liberales no están unidos, puesto que además de ser un argumento que puede hacerse indefinidamente mientras los anárquico-colectivistas ó los dinamiteros no reconozcan la jefatura del señor Sagasta, además de esto de la unión no pueden ser jueces los de fuera por el interés que tienen en negarla. Basta y sobra con que reconozcan todos los partidos liberales la posibilidad y la conveniencia de que entre en el poder el del Sr. Sagasta.

Si esto sucede ¿responderá éste á las esperanzas que sus discursos en la opinión han hecho nacer?

Este es el secreto del porvenir.

Aunque nada concreto ni definitivo se sabe todavía, un telegrama de la Agencia Fabra dice que el marqués de Salisbury fué al palacio de Windsor el miércoles por la tarde para proponer á la reina la formación del nuevo Gabinete. Las probabilidades de llegar á la constitución de un ministerio conservador aumentan.

La renuncia hecha por M. Gladstone de la dignidad de par, se considera como un síntoma evidente de su propósito de no abandonar la vida activa de la política.

En la reunión celebrada por los principales jefes del partido conservador, lord Salisbury expuso los motivos que le han inducido á encargarse de la formación del Gabinete. La reunión aceptó sus consideraciones, aprobando su decisión.

Según The Standard, á esta reunión no asistió lord Churchill, ni se acordó nada acerca

de las personas que debían figurar en la combinación ministerial.

En los círculos políticos se creía aún que una diferencia de opiniones, tal como se manifestó en la Cámara de los Comunes, podría dificultar, sino la imposibilitaba, la formación de un Gabinete conservador.

Según The Daily News, lord Churchill, cuya influencia no deja de tener importancia, exige que sir Staford Northcote pase á la Alta Cámara, y que sir Hicks-Beach se encargue de la dirección de los conservadores en la de los Comunes.

Haciéndose eco The Standard de los rumores y dificultades con que tropieza la constitucion de un ministerio conservador, dice que, en el caso de que los torys no consiguieran formar Gabinete, lord Hartington sería llamado al por der reconstituyendo un gobierno liberal, cuya misión sería la de ultimar las cuestiones que ha dejado pendientes el presidido por mister Gladstone.

La retirada de éste, dice el importante órgano conservador, es definitiva, y sólo una necesidad absoluta podría decidirle á volver á ocupar el poder.

The Times asegura que en la reunión celebrada en casa del marqués de Salisbury, acordaron los jefes allí reunidos encargarse de la dirección del Estado con las condiciones que indicamos en nuestro número anterior.

En Dongola se ha recibido una carta del Mahdí, que se ha reconocido como auténtica. En ella el falso profeta declara que no quiere entregar los cristianos que consigo tiene, porque éstos, abjurando su antigua religión, han abrazado el islamismo, rehusando ellos mismos abandonarle.

El Mahdí exhorta á los ingleses á hacer lo propio, uniéndose á él, amenazándoles con su

total exterminio en caso contrario, para conseguir lo cual asegura tiene sobradas fuerzas.

Otra carta firmada por 96 prisioneros, entre los que figura Lupton-Statin-Bey, dice que los firmantes no quieren abandonar al Mahdí y que han dejado de ser cristianos.

Las noticias de la crisis ministerial de Inglaterra han producido malísimo efecto en Rusia, puesto que Mr. Gladstone inspiraba gran confianza para el arreglo de la cuestión afgana. El triunfo de los torys ha sido recibido con disgusto. Nadie se atreve á suponer que tengan ellos intención de volver las cosas á su anterior estado, á fin de que se vea turbada la paz. Lo que preocupa especialmente es la actitud que tomará Alemania con respecto á los hombres de Estado que merecen sus simpatías. Los rusos recuerdan, con dolor de su alma, la pública y solemne censura dada á Risties por el rey de Servia, después del viaje y de los discursos hechos por aquel político eminente, cuando se celebró el centenario de San Cirilo.

Todo esto se debe al estado porque atraviesa Rusia, que puede compararse á un viejo que se muere de fastidio.

Mientras no entre de decidido modo en las modernas corrientes; mientras la juventud no vea en lontananza más risueños horizontes; mientras las cosas continúan como hasta aquí, la situación del imperio será la misma, es decir, sentirá el aburrimiento de que nos hacemos cargo, y pasando de comparación en comparación, no será ocioso recordar que muchas veces sienten fastidio los ancianos, porque los celos llenan su alma.

CARLOS MALAGARRIGA.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

En vista del desastroso éxito del ataque en el cuartel, y cuando el sol había desaparecido del firmamento envolviendo con su ausencia en la oscuridad al nuevo mundo, los senadores dispusieron que se celebrase la paz, pues bastantes castigadas se encontraban las tropas de la República al haber atentado exterminar á unos hombres extraordinarios, mandaron la orden á Xicotencal de que dejase las armas; pero éste que no podía ni permitía su orgullo el ceder, desobedeció al Senado, confiado en la fuerza que tenía en su mano como señor árbitro de las tropas tlascaltecas, quiso atacar segunda vez dentro del cuartel á los españoles, y para esto preparó una emboscada, hija de la natural perspicacia de su genio guerrero; Cortés se abastecía de víveres, manteniendo tráfico con algunos pueblos comarcanos, cuyos mercaderes penetraban en el interior del recinto á dar sus productos por cuentas de vidrio y otras brujerías que en tanta estima tenían ellos, Xicotencal mandó vestir á cuarenta de sus soldados para que, bajo el carácter de mercaderes entrasen y estudiasen sus fortificaciones sin llamar la atención; en efecto, estos acudieron á los españoles llevando gallinas, trigo, maíz y otros cereales, pero quizá menos precavidos algunos de ellos, incurrieron en examinar tan detenidamente las murallas y recintos, que llamó la atención á un indio zempoala que fué presuroso á dar aviso á Cortés; una vez presos, confesaron que Xicotencal les esperaba cerca, para que enterado minuciosamente de las fortificaciones de los españoles, penetrar en aquella noche por el sitio más fácil al asalto, Cortés, obedeciendo siempre á las leyes de la milicia, castigó á los espías que más obstinados se mostraban para confesar, los mandó al campamento tlascalteca, y la vista del castigo que habían recibido sus soldados y temeroso de haberse descubierto su plan, empezó Xicotencal á reflexionar qué camino tomar, la paz ó la guerra, pero bien pronto se decidió por lo primero, á causa de que varios senadores, en representación de la República, les ordenó que entregasen el bastón de mando, y aquellos que les desobedecieran, serían declarados traidores á la patria; todos callaron y obedecieron al mando supremo de la República, porque á pesar de todo, dominaba en ellos el espíritu de obediencia á todo lo que emanaba del poder.

El Senado procuró la paz y empezó á negociarla remitiendo toda clase de bastimentos á nuestras tropas; pero Xicotencal, cuyo carácter dominante había comprometido la suerte de sus ejércitos, no podía permitir que otro que no fuera él tuviera la gloria de obtener la paz, que era en aquellos instantes la felicidad suprema de su Tlascala; así es que tomó por su cuenta esta negociación, halagando al Senado, y por lo tanto, sin perder

la confianza de éste; marchó con un séquito lucido al campamento de Cortés, presentando á éste sus escusas, obteniendo al fin la paz; mas el deseo de Xicotencal era que los españoles pasasen á Tlascala, como muestra de la completa armonía y su asegurado triunfo.

Cortés prometió ir á la capital de la República, pero no en aquel momento. Xicotencal volvió satisfecho á dar al Senado la respuesta de Cortés, pero con el temor de que pudiese retardarse la ansiada entrada de los españoles por las puertas de lo que comprendía la República de Tlascala, á causa de haber visto que entre el acompañamiento del capitán existían unos mejicanos que eran embajadores de Motezuma.

Temeroso, pues, el Senado que pudiera el emperador Motezuma enfriar la paz, acudieron en forma de Senado, caminando sobre andas que llevaban ministros en sus hombros; entre estos iba Magiscatrin, anciano venerable conocido ya por nuestros lectores, pues fué el que en un principio se mostró favorable á la causa de nuestros soldados, y un ciego, que era el padre del generalísimo de las tropas de la República, es decir, de Xicotencal; recibiólos Cortés con agasajo, les hizo varios presentes, y tantas fueron las instancias de aquellos senadores, que Cortés prometió ir en cuanto tuviesen arreglado todo lo necesario para la marcha.

A la mañana siguiente, presentáronse multitud de indios para llevar la artillería y todo cuanto fué necesario; los caminos y los prados hasta la ciudad hallábanse, cubiertos por apiñada multitud, cuyos gritos de alegría y regocijo ensordecía á los muertos, yendo á repetirse en la inmensidad del espacio, pasando sobre las altas cumbres de las montañas para que, llegando al cielo, les dijese á Dios: «cada una de estas voces se levantará mañana alabándote y bendiciéndote.»

Marina iba traduciendo á Cortés aquellas exclamaciones, nacidas del corazón y ganadas por la rectitud y la bondad de un hombre que estaba dotado de altas cualidades militares.

Entraron en la ciudad, en cuyas puertas esperaba el Senado en masa, y las aclamaciones fueron más entusiastas; el temor, el escarmiento abrieron los ojos á aquellos indios; los sacerdotes, con los trajes del sacrificio, salpicado con la sangre humana, envolvían á Cortés y su gente entre el humo que se escapaba de unos braseros.

Tenia el Senado preparado el alojamiento á nuestra gente, capaz de poder estar reunidos nuestros héroes, y á más ordenó Cortés que se hospedasen en habitaciones próximas á la suya los embajadores de Motezuma; el objeto de la llegada de estos al campamento de los españoles fué el de entorpecer las negociaciones de paz con la República de Tlascala, pero en vista que no habían conseguido nada, decidieron alejarse de Cortés, habiendo sido muy agasajados, después de algunos días de estancia en la capital de aquella República, que tantas veces se había sustraído de la tiranía del emperador Motezuma, cuya ambición desmedida le arrojaba á toda clase de empresa, árdua y difícil, porque como todo gobierno absoluto, hace de la nación su patrimonio en vez de hacer de él el patrimonio de la nación, el absolutismo más espantoso, reinaba en el espíritu de Motezuma, y como todo absolutismo envolvía al pueblo en la oscuridad real de la hipocresía, presentándole por luz, por sol vivo y esplendoroso el brillo de su corona, la pedrería engañosa de su cetro, únicamente la República de Tlascala había sido la que combatió las armas del poderoso emperador de Méjico.

El volcán de Popocatepec sobresale sobre la cumbre de otros altos montes, siendo el gigante de Tlascala; en esta época en que los españoles habitaban en la República tuvo una erupción horrorosa, arrojando al aire los combustibles que encerraba la tierra en su seno; el espacio veíase empañado por las inmensas columnas de humo, y éstas se interrumpían para dar paso á llamaradas espantosas, que saliendo por el cráter iban á formar magnífica corona de fuego sobre su eminencia; el pueblo tlascalteca corría apurado, pues era aquello una demostración de males que tenían que acarrear sobre ellos en lo porvenir. Diego de Ordaz tuvo la feliz idea de querer subir al volcán para estudiarlo, idea que sirvió bajo dos puntos de vista: sirvió para saber que en el Popocatepec existía azufre, y por tanto, utensilio para la fabricación de la pólvora, y para dar á comprender á los tlascaltecas que, no temiendo á los monstruosos fenómenos de la Naturaleza, cómo habían de temer al hombre.

Decidióse Cortés á marchar en el momento en que llegaban nuevos embajadores de Motezuma; decidieron por tomar el camino de Cholula, á pesar de las instancias de los tlascaltecas y aun de los zempoales, prestándoles el Senado el apoyo de sus tropas para el caso que las necesitase contra el diplomático emperador de Méjico.

El día designado para la partida, un ejército numeroso de tlascaltecas esperaba para acompañar á Cortés; el número de este ejército no bajaría de 50.000 á 60.000 hombres, por mas que algunos historiadores dicen que fué de 100.000, pero, á más de ser exagerado, queda combatido este argumento, pues los tlascaltecas, cuando estaban en guerra con los españoles, hicieron esfuer-

zos supremos para presentar mayor número de combatientes, pues cifraban en el número la victoria, y nunca llegó su ejército á 70.000 hombres, lo cual nos demuestra que era el máximo de que podía disponer la República. Agradeció Cortés esta deferencia y rogó al Senado guardase el grueso de aquel ejército para cuando lo necesitase, y que tomaba 6.000 combatientes para que en las victorias futuras tuviesen su parte de gloria aquellas tropas como las tuvieron los zempoales.

Algunos historiadores, y sobre todo Solís, nos hablan de un acto milagroso; no podemos poner en duda esto, no tan sólo por lo que en sí encierra, sino también por la trascendencia del asunto.

Sabido es el afán de Cortés de llevar la religión de Cristo al corazón de aquellas infelices gentes; éste progresaba, puesto que admiraban la sublime sencillez con que se adora al Dios de los cristianos: así es que en Tlascala colocó sobre una eminencia, en lo alto, sobre las frentes de todos, una cruz de madera sencilla, símbolo de nuestra religión; levantábase sobre la eminencia con los brazos abiertos como esperando en ellos á nuevos creyentes, y la parte donde Cristo colocó su cabeza, adornada con las flores que por allí nacían, y los pájaros de multitud de colores, con sus trinos, volaban á posarse sobre ella, á besar con su pico los unos y con sus hojas las otras; el sagrado madero en aquel sitio, cubierto por la madre naturaleza de la flor, del romero, del plátano y del cocotero; una cruz recibía el homenaje de unos hombres que por su talento, por su valor y por su hidalguía eran respetados, doblaban la rodilla, descubrían su frente, y el sacerdote Cristo, levantando en sus manos la forma divina, envuelta por el incienso que se elevaba al espacio, confundido con las fervientes oraciones de aquellos soldados rudos, cubiertos por el polvo y cansados de combatir por su religión.

Aquella cruz, encomendada por Cortés al Senado, tuvo un defensor maravilloso; una nube blanca y nacarada que bajando de las altas regiones cubrió aquel madero, nube que durante las horas de la noche despedía brillantes resplandores, como no queriendo dejar en la oscuridad lo que el sol es poco para alumbrarla; los indios acudían á ella, doblaban sus rodillas, cruzaban sus manos y movían sus labios, como queriendo enviar á un Dios que ellos no conocían, pero admiraban, las oraciones que allá en su mente creaban; sus ídolos eran olvidados, el sacrificio se abolió, los agoreros clamaban por la idolatría; pero el pueblo, llevado por el respeto, el temor y la admiración, corría á la eminencia, besaba el suelo, cultivaban las flores, y bien pronto convirtieron aquel lugar en ameno paraíso, en cuyo centro se levantaba el arbol más grande, más sublime y que asemejante á los demás, presta su sombra; pero es la sombra de la paz, del amor, de la bondad divina.

RAMÓN DE SAN JUAN.

(Se continuará.)

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO Y ÚLTIMO

La corte pontificia.—El clero en los tiempos pasados.—La Bula de Compenda.—Los dogmas católicos.—Conclusión.

I

«Pero Pedro le dijo: Perezca contigo tu dinero, pues que has creído que el don de Dios se adquiere con dinero. Tú no tienes parte ni herencia en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios.»
(Actas de los Apóstoles, cap. VIII, vers. 20 y 21.)

Podíamos haber terminado este libro con el capítulo anterior, porque, en rigor, nada queda por decir sobre el movimiento religioso que se opera contra el papado en todo el mundo cristiano. Pero algo hemos de añadir aquí que, aun estando fuera de la índole de este libro, va íntimamente ligado á los poderes del Pontífice.

Observemos, ante todo, que mientras Alemania sigue su obra de destruir la unidad católica, á tanto precio conquistada por los Papas, Pío IX no cesa de excomulgar los principios liberales del siglo XIX y de exhortar á los prelados que están con él para que continúen perseverantes resistiendo contra toda reforma que tienda á menoscabar los llamados sagrados intereses de la iglesia romana. El rey del Vaticano, encerrado en su jaula de oro, no quiere ver lo que vive y se agita en su enredor. Llamándose el sucesor de San Pedro, hecho inflexible por obra y gracia de los *fallibles* prelados

que siempre le rodean en Roma, se ha creído un nuevo *Mesías*. Pero la humildad en que vive no está muy en armonía con la del Dios que pretende representar en la tierra, y más bien parece el sucesor de César que el representante de Jesús.

Para que todos conozcan y puedan formar á la vez una pequeña idea de la *modesta* corte pontificia que en la actualidad guarda á Pío IX, damos á continuación la lista que de ella se publica en el último *Anuario*. Los aficionados á dar dinero para la llamada *Limosna de San Pedro* podrán solazarse un rato calculando la parte que de ella podrá tocar á cada uno de los infinitos cardenales, generales, capellanes y camareros secretos de Pío XI.

He aquí, pues, esta curiosa lista:

El sacro colegio de cardenales.

553 arzobispos, patriarcas y obispos asistentes al trono pontificio.

17 prelados nobles, igualmente asistentes.

5 ministros.

Todos los arzobispos y obispos de la cristiandad.

150 protonotarios apostólicos.

9 generales de las órdenes monásticas.

22 generales y vicarios de las órdenes mendicantes.

La municipalidad de Roma, hoy *in partibus infidelium*.

9 prelados *votanti de illa signatura*.

12 prelados *abreviatori del paseo maggiore*.

19 abogados consistoriales.

Los maestros de ceremonia.

17 camareros secretos.

40 capellanes cantores, de los cuales 8 son triples.

13 clérigos de la capilla.

Los acólitos ceroferrarios.

11 *maestre ostiari di virga rubeo*.

23 maceros.

4 correos pontificales.

215 prelados domésticos.

241 monseñores camareros secretos supernumerarios.

4 camareros de capa y espada.

32 guardias nobles con grados desde coronel á subteniente.

163 camareros de capa y espada supernumerarios.

295 camareros de honor vestidos de violeta.

72 camareros de honor *extra urbem*.

7 camareros de honor de capa y espada.

85 id. supernumerarios.

5 clérigos secretos.

25 capellanes comunes.

2 ayudas de cámara.

El maestre sala secreto.

43 *busolanti*.

7 magistrados del tribunal criminal de los santos palacios apostólicos.

79 guardias suizos, vestidos con un uniforme de la Edad Media, dibujado por Miguel Angel.

Los guardias palatinos.

86 gendarmes.

13 empleados de la secretaría de Estado.

62 empleados de las otras secretarías. Jefe: el confesor de Su Santidad.

II

No puede ser más edificante la lista anterior que encontramos en el último *Anuario*.

Hay quien cree que todas las quejas que salen del Vaticano, son ocasionadas porque con los tiempos que corren y la reforma que se opera en la iglesia alemana, pronto desaparecerán las regalías de que goza la iglesia de Roma, y por consiguiente estas grandezas que rodean al papado.

Así solo comprendemos por qué el ultramontanismo vuelve los ojos con tanto cariño hacia lo que él llama sus buenos tiempos.

Buenos eran en efecto para el clero aquellos tiempos anteriores á la revolución francesa, cuando el edificio del poder clerical á tanta costa edificado durante la Edad Media, resistía, como dice un poeta,

el vendabal del siglo furibundo,

á pesar de los ataques de los enciclopedistas.

Y no se crea que enamora al ultramontanismo la fe de aquellos tiempos, ni el respeto que se tributaba á las cosas santas, ni el prestigio de que la Iglesia gozaba. ¡Bah! todas estas cosas eran buenas en sí, pero mejores eran los ópimos frutos que producían antes de la revolución de 1786.

Domingo de La Rechefoucauld, cardenal arzobispo de Rouen, cobraba él solo por su arzobispado 100.000 libras, por su Abadía de Fecamp 70.000; por la de Cluni 60.000; total 230.000 libras; para un solo hombre era bastante.

Debe notarse que mil libras entonces equivalían á tres ó cuatro mil en nuestros días.

El arzobispo de Narbona, Dillon, tenía de renta por el arzobispado 160.000; por la abadía de Saint-Etienne de Caen 70.000; total libras 230.000.

Según las Memorias de la época, monseñor el cardenal Bernis era un hombre encantador; sacerdote, hombre de Estado, diplomático, poeta; hacia de todo un poco; cultivaba las musas y las bellas, hacía versos y el amor. Después de todo, en su mano tenía la absolución de pecadillos que podía absolver en los demás. Este cardenal, arzobispo de Albí y embajador de Francia en Roma, cobraba por su arzobispado 120.000 libras, por la abadía de San Medardo, diócesis de Soissons, 50.000; por la abadía de Trois-Fontaines en Champagne, 50.000; total 220.000.

Debíamos haber empezado por el arzobispo de Cambray, porque sin duda era el más rico de Francia como propietario. Francisco Maximiliano Meriadec de Rohan, que no se debe confundir con el cardenal Rohan complicado en el escandaloso proceso del collar, que nuestros lectores deben conocer, tenía 218.000 libras.

El arzobispo de París, Juigné, duque de Saint Cloud, sólo tenía 200.000 libras de renta arzobispal, pues el pobrecillo no había conseguido pescar una abadía.

Monseñor el cardenal Alberto de Luynes, se embolsaba, como arzobispo de Sens, 70.000 libras, como abad de Corbié, diócesis de Amiens 66.000, y como abad de Cerisy, diócesis de Bayeux, 16.000; total 152.000.

El arzobispado de Bourges sólo producía 50.000, pero en cambio agrupaba bajo su capa tres abadías que le rentaban hasta 135.000 libras. Con esto podía darse buena vida; pero lo que no se explica es cómo cumplía á la vez sus funciones eclesiásticas en cuatro diócesis diferentes, en cuatro distintos rebaños que tan hermosa y abundante lana daban al pastor.

Pero convengamos en que Luis Apolinario de la Tour-du-Pin-Montauban, nombre que huele á las cruzadas y con el cual se engalanaba el arzobispo de Auch, tenía la modestia de contentarse con la renta de su arzobispado que no pasaba de 120.000 libras.

Menos dichoso aún M. Lomemé de Brienne, cobraba como arzobispo de Tolosa 90.000; como abad de Moissac, entonces diócesis de Cahors, 18.000, y como abad de Basse-Fontaine, diócesis de Troyes 1.200; total 109.200 libras.

Mr. Alejandro Angelico de Talleirand Perigord, el célebre diplomático, fautor de tantas intrigas, como arzobispo de Reims se sorbia 50.000 libras, como abad de Saint Quentin, diócesis de Amiens, 25.000; total 105.000.

Mr. de Boisgelin, arzobispo de Aix, no reunía más que 37.000 libras; pero la abadía de Chaasil, diócesis de Senlis, le rendía 50.000; la de Saint Gilles, diócesis de Nimes, 14.000; la de Saint Maixent, diócesis de Poitiers, 1.400; total, 102.000.

Antonio Maloin de Montazet, arzobispo y conde de Lyon, tenía en el primer concepto 50.000 libras; como abad de San Victor en París 35.000; como abad de Moustier en Argone 15.000; total 100.000.

El arzobispo de Tours era un proletario: no tenía arriba de 82.000 libras.

El arzobispo de Burdeos, M. Champion de Cité, no poseía más que 55.000, y como abad de la Grasse, diócesis de Carcassonne, 18.000; total, 73.000 libras.

Fácil es imaginar los apuros que este magnánimo prelado pasaría con tan miserable renta.

El más pobre de todos los arzobispos de Francia era el Embrum, que daba á Pedro Luis de Leyssin unas 22.000 libras.

En resumen: los arzobispos en Francia cobraban en 1786, tres años antes de la execrable revolución, que como se dice en estilo pastoral, derramó sobre el mundo las abominaciones, el infierno, los diablos, las cacerolas y los pinches de la cocina de Satanás, los arzobispos cobraban, decimos, 1.454.000 libras, y como abades 854.100; total, 2.308.100, cerca de 10 millones de francos en la actualidad.

En efecto, aquellos eran los buenos tiempos. ¡Lástima que no puedan volver!

III

Pero lo curioso será poder decir en este libro los medios que el alto clero empleaba para reunir las sumas tan fabulosas con que cuenta.

Después de la llamada *Limosna de San Pedro* (que no son pocos los millones que cada año da al Papa), están las *Bulas* á que han apelado en todos los tiempos el clero católico, para cobrar sumas fabulosas (1).

Roma tiene reconocidas hasta 374 *Bulas*, cada una sujetas á distinto arancel, por donde se compra el perdón para borrar los pecados hasta los más nefandos. Por ejemplo, la llamada *Bula di Ua Componenda* es de lo más vergonzoso é inmoral que puede presentarse á la fría razón de un espíritu honrado.

La *Bula de Componenda* deja muy atrás á la lotería del purgatorio, inventada y explotada por el clero mejicano, hasta que fué suprimida por Juárez.

Cuando el lector sepa lo que es la *Bula Di Componenda* no extrañarán que la población de Italia, y con especial la de Sicilia, para la que fué creada, se halle todavía, gracias al clericalismo, en un estado semi-salvaje, dominada por la superstición, sumida en la ignorancia y con un sentido moral completamente pervertido.

El telégrafo ha anunciado que el gobierno italiano iba á suspender el curso de los tribunales ordinarios de justicia, sustituyéndolos con consejos de guerra. El mal es tan profundo, y de tal modo ha explotado el clero siciliano la ignorancia de aquellos habitantes, para mejor establecer allí su omnipotencia, que se necesitan otras muchas medidas para cambiar la situación.

Hemos dicho también repetidas veces en este libro que el clericalismo no es la religión católica, y nada mejor para demostrarlo que indicar lo que es esa *Bula Di Componenda* que se publica en Sicilia todos los años, y por orden expresa de los obispos se vende en todas las ciudades, villas y aldeas de Sicilia por encargados especiales, que ordinariamente son los curas párrocos.

Viene su nombre de que comprando esa *Bula* se componen, se arreglan, quedan terminados asuntos de conciencia cuya clase explicaremos.

Mediante esa *Bula*, que cuesta cuatro reales y treinta céntimos, se puede retener con tranquilidad de conciencia hasta 125 reales de los efectos ó dinero que se haya robado. Por cada *Bula* se halla el que la compre *compuesto*

(1) Antiguamente en Rusia, cuando un individuo no había vivido cristianamente y lo quería pagar, el sacerdote en el momento de enterrarle le ponía entre las manos un certificado dirigido á San Pedro ó San Nicolás, y de cuyo testamento puede juzgarse por el siguiente que se conserva en el Museo Británico.

«Macario, por la gracia de Dios, arzobispo de Kief, de Haliez y de toda la Rusia, á nuestro señor y amigo San Pedro, portero del Todopoderoso.

Te certificamos: Que ha fallecido este día cierto servidor de Dios, llamado el príncipe Teodoro Vladimúski y te rogamos que le introduzcas directamente sin obstáculo ni dilación, en el reino de Dios: le hemos absuelto de sus pecados y concedida nuestra bendición; por consiguiente, nada se opone á que le dejes pasar, y á fin de que así lo hagas, le entregamos las presentes letras de absolución en nuestro monasterio de Kief á 30 de Julio de 1541.—El humilde MACARIO, arzobispo de Kief, de Habier y de toda la Rusia.»

Esta *Bula* costaba la suma de once ducados. ¡Y hubo largas épocas en que no se enterraba un ruso sin esta *Bula*!

Por aquella cantidad, y se puede llegar á *componerse*, esto es, á retener de lo que se haya robado, hasta la cantidad de 4.500 reales comprando el número de Bulas necesarias, pero pasando de esa cantidad, el ladrón tiene que acudir al obispo.

Pero no sólo sirve esa Bula para los robos, vale también para otros diez y nueve casos.

Por ejemplo, en el caso 4.º dice terminantemente:

«Si algún juez ordinario, ó delegado, ó asesor, hubiese recibido algún dinero ú otra cosa por pronunciar una *sentencia inicua*, ó por dilatar (*sic*) el proceso con detrimento de la otra parte, ó para hacerle algún agravio ú otra cosa que no debiese hacer, en tal caso se puede y se debe (*sic*) componer de su hecho y de lo que de tal modo hubiese recibido»

El art. 16 de la Bula dice así:

«Toda mujer deshonesta que no lo sea públicamente, se puede componer de cualquier precio de dinero ó joyas que hubiese recibido, y los hombres que hubiesen recibido dinero ú otra cosa de mujeres libres, se pueden componer de la misma manera.»

El lector nos permitirá que no sigamos citando textualmente; harto es ya lo citado.

Por la módica suma de cuatro reales y treinta céntimos que cuesta la Bula, todo siciliano ó siciliana queda *compuesto*, libre su conciencia de todo cargo por hechos como los que hemos citado.

Cuál debe ser el sentido moral del pueblo siciliano con esa invención clerical de la *Bulla di Componenda*, no hay para qué decirlo.

El robo, la prevaricación y cohecho de los jueces, los otros hechos que no queremos volver á citar y otros que no citamos, quedan así autorizados por el clero siciliano.

El pueblo siciliano, razonando con una lógica que tanto favorece sus vicios, deduce de ahí que pues el clero le *compone* mediante un precio fijo, especie de impuesto exigido sobre el precio del vicio y del delito, el clero tiene participación en el robo, y que, por lo tanto, el robar y los demás actos punibles que por la Bula se componen no constituyen pecado.

El siciliano tiene miedo á las penas del infierno; pero libre de ese temor con la Bula, pues que ni necesita siquiera restituir lo robado, lo demás poco le importa.

La *mafia*, plaga social de Sicilia, no es sino el ejercicio práctico de la Bula *Di componenda*. ¿Cómo es posible que el pueblo siciliano, que ve sus vicios y sus delitos *compuestos* borrados, como si no hubiesen existido, por una Bula que le vende un cura párroco, se someta á las leyes de la justicia y quiera servir de testigo en ninguna causa criminal?

Así como la *mafia* es el ejercicio práctico de la Bula *Di componenda*, así *l'omertá* es la consecuencia de la *mafia*.

L'omertá tiene su Código especial, con prescripciones como las siguientes:

«A quien te quita el pan, quítale la vida.

»En lo que no te importa no te metas, en mal ni en bien.

»Muerto un hombre, debe pensarse en el vivo.

»Servir de testigo es bueno cuando no perjudica al prójimo, etc.»

Los resultados son fáciles de comprender.

¿Es un hombre asesinado? Bien hecho; había *quitado el pan* al asesino. Por «quitarle el pan» entiéndase impedirle robar, falsificar una firma, estafar dinero; pan honradamente ganado, pues que la Bula *Di componenda* lo autorizaba mediante cuatro reales y treinta céntimos.

¿Perseguía la justicia á un asesino? Todos facilitan á este la fuga, porque *muerto un hombre hay que pensar en el vivo*, según el Código de *L'Omertá*.

¿Era llamado á declarar un testigo? No se declaraba nada, porque el «servir de testigo es bueno cuando no perjudica al prójimo.» Y aquí había un acusado que podía ser perjudicado con la declaración, y que además, por la Bula *Di componenda*, tenía ya arreglado ó *compuesto* su asunto.

De la invención del clero siciliano arranca una cadena de efectos, que son causa á su vez, y que han traído el sentido moral del pueblo siciliano al estado en que se halla, y á la práctica de la *mafia*, de *l'omertá* y del *malandrinnaggio*.

Pero esto ¿qué le importa al clero siciliano? El sigue explotando la ignorancia y la superstición de aquel pueblo; reina en él como dueño absoluto; las leyes civiles son impotentes; la administración ordinaria de la justicia imposible; la seguridad pública nula. ¿Pero qué le importa esto ni al clero ni al pueblo siciliano? El pueblo tiene su Bula *Di componenda*, y el clero el predominio absoluto en toda la isla.

¿Y la religión católica? ¿Y la moral predicada por Jesucristo?

Esto es lo que menos les importa al clero y al pueblo de Sicilia.

IV

Parécenos que los que piden la reforma, los que pretenden restaurar la religión de Cristo al esplendor y pureza de los primeros tiempos, tienen de sobra razón para proseguir en su honrosa compañía contra los clericales que tantos abusos han sembrado, cubriéndose con el manto de la religión del Cristo, para mejor explotar á los incautos y vivir deshonrando los altos principios á que aparentan servir. Pero otro de los puntos más vulnerables que atacan los reformistas á la iglesia de Roma, son por sus dogmas, por sus idolatrías y por sus invenciones, «todo ello falso»—según D. Tristán Medina—«todo ello creado por el alto clero como un medio indirecto que favorece á las explotaciones de que hacen su principal objeto la clerigalla romana»—según el abate Roucé.

Y, en efecto, examinando la creación de los dogmas católicos, se justifica esta opinión como puede el lector convencerse por los siguientes datos referentes á la época en que fueron creados todos los dogmas, idolatrías é invenciones de la iglesia de Roma:

Siglo I.—Se declara pura la doctrina evangélica.

Siglo II.—Uso del agua bendita por los mismos cristianos.

Siglo III.—220. Idem de sencillos altares sin imágenes.—291. Idem de candelas y luces en el templo.

Siglo IV.—328. Primeros cenobitas en Oriente, viviendo en común y alimentándose con su propio trabajo.—370. Origen del culto á las imágenes por Basilio de Cesarea y Gregorio Nacianceno.—373. Primeros usos del incensario, introducidos por los neófitos, del ceremonial pagánico.—394. Primer embrión de la misa, cantada en latín.

Siglo V.—400. Primeras oraciones rogando por los muertos.—304. Uso de signos al aire en forma de cruz, ó sean las bendiciones.—407. Invención de Paulino Nola, en Campania, y uso de las campanas en los templos.

Siglo VI.—550. Invención del aceite bendito para uso en la Extremaunción.—592. Idem de la del Purgatorio, por el Papa Gregorio, llamado el Grande.—594. Idem de la invocación de María y de los santos.

Siglo VII.—606. Primacía del obispo de Roma, por el asesino emperador Púecas.—609. Culto público á María, por el Papa Bonifacio VI.—610. Invocación de los ángeles y de los santos, establecida definitivamente como canon eclesiástico.—670. Definitivo precepto de celebrar la misa en latín, por el Papa Vitellino.

Siglo VIII.—709. Precepto y uso de besarle los pies al Papa.—787. Culto definitivo ya á todas las imágenes, por el segundo concilio de Nicea. Idem á la Cruz y á las reliquias. Institución de la misa rezada.

Siglo IX.—801. El uso del incienso, obligatorio ya en todas las ceremonias, por el Papa León III.—813. Fiesta de la Asunción de María, por el concilio de Maguncia.—837. Idem, de todos los Santos, por el Papa Gregorio IV.—840. La transubstanciación y llamado sacrificio de la misa, aparecen en los escritos de Pascasio Radberto.—380. La canoniza-

ción de los llamados santos, por el Papa Adriano II.

Siglo X.—998. La fiesta de los difuntos, por Odilon, abad de Cluny.—Invención de la Cuaresma.

Siglo XI.—1000. Idem del bautismo de las campanas.—2002. Introducción del cánon en la misa.—1008. Idem, de las santas peregrinaciones.—1059. Creación del colegio de cardenales, por el Papa Nicolás II.—1074. Institución del celibato clerical, por el Papa Gregorio VII.—1076. Declaración por el mismo, sobre la infalibilidad de la Iglesia.—1095. Invención de las indulgencias plenarias, por el Papa Urbano II.

Siglo XII.—1119. Introducción de las indulgencias no plenarias.—1125. Primeros indicios de ser inmaculada la Concepción de María, entre los canónigos de Lyon, cuya idea combate San Bernardo.—1164. Descubrimiento ó invención de los siete sacramentos de la Iglesia, por Pedro Lombardo.—1184. Invento del Tribunal de la Fe ó Inquisición, por el concilio de Verona.

Siglo XIII.—1.200. Idem de las Dispensas.—1215. Introducción definitiva de la confesión auricular, por el concilio de Letran.—La transubstanciación se convierte ya en canon de la Iglesia, por el mismo concilio anterior.—1220. Definitivo uso de las dispensas.—Introducción del rosario, por fray Domingo de Guzmán.—Queda establecida la elevación y adoración de la hostia, por el Papa Inocencio III.—1227. Se introduce el uso de la campanilla en la misa, por el Papa Gregorio IX.—1264. Se instituye la fiesta del Corpus Christi y la del Sagrado Corazón, por el Papa Urbano IV.

Siglo XIV.—1311. La procesión del Sacramento é institución del Ave María.

Siglo XV.—1414. Supresión de dar el cáliz en la comunión, decretada por el Concilio de Nicea.—Ser superior la autoridad del concilio ecuménico ó general, á la del Papa, por los concilios de Pisa, Constanza y Basilea.—1438. Introducción definitiva como artículo de fe y apertura oficial del Purgatorio, por el concilio de Florencia.

Siglo XVI.—1563. La tradición es equiparada y tenida en igual valor canónico, como el Evangelio y la palabra de Dios, por el concilio de Trento.—Canonización por el mismo de los libros apócrifos referentes á la Escritura.

Siglo XIX.—1854. Declaración como dogma y misterio de fe, ser inmaculada la concepción de María, por el Papa Pío IX, de célebre recordación.—1870. Queda declarado *infalible* el Papa Pío IX, y sus sucesores en el obispado de Roma, por el general, ecuménico y supradivino concilio, poco ha reunido en la misma por el jesuitismo ultramontano, con la ayuda del Espíritu Santo, únicamente en cuanto á lo del cielo, y con la de los fusiles Chassepot de Luis Napoleón Bonaparte, en lo tocante á la tierra.

Por las citas que preceden puede conocerse por el más fanático creyente, que ninguno de los dogmas, usos y ceremonias referidas son evangélicas, ni mucho menos cristianas, y por consiguiente, nada de ello, absolutamente nada, está conforme con la palabra y enseñanza de Cristo, ni con el ejemplo que nos dieran sus verdaderos apóstoles. Pero la corrupción de la Iglesia católica viene de muy atrás. Apenas fué dada la paz á la Iglesia católica en el siglo IV, y empezó á adquirir poder y riquezas, perdiendo muchos de sus ministros parte de las virtudes con que habían conquistado los corazones durante cuatro siglos de persecución y de sangre. La sordida codicia de algunos eclesiásticos hizo ya á Valentiniano sancionarse una ley en que se declaraban nulos todos los legados hechos por las mujeres en favor de clérigos y monjes. Muchos príncipes quisieron luego renovar esa ley y ponerla en ejecución; sin embargo, no pudieron conseguirlo hasta que Isaac Commeno, más enérgico y decidido, dejó á los monjes lo necesario, aplicando lo demás al Estado.

Creció el poder del clero con el estableci-

miento del feudalismo, de modo que, convertidos los obispos en cazadores y guerreros, juntaron á su orgullo la ferocidad de aquellos siglos bárbaros. Llevando alternativamente el casco y la mitra, el báculo y la espada, mataban con la misma mano que acababan de bendecir al pueblo en nombre del Dios de la paz y del Dios de la mansedumbre; y admitidos como señores feudales en el gobierno del país, creyeron tener como obispos lo que por opuesto carácter se habían abrogado, llegando el caso de tenerse por superiores á las potestades, lo mismo en el Tribunal de la Penitencia que en los Concilios y Cortes del reino.

De aquí el principio de la confusión de las potestades y la doctrina de «las dos espadas», que tanta sangre hizo derramar en Europa.

La credulidad del vulgo, la ignorancia general, las esperanzas, los terrores y las tinieblas de la superstición, fueron causa de que el clero, que quería riquezas, negociase entonces con las llaves del cielo y del infierno.

Frecuente era en los siglos IX y X la idea de que se acercaba el fin del mundo, debida á una tradición generalmente admitida de la segunda venida de J. C., mil años después de su supuesta ascensión, y bajo tal concepto se decía en casi todas las cartas, títulos, diplomas y privilegios de donación de aquella época: *Apropinquante mundi termino*, y como el fin del mundo no llegó, y parte del clero se aprovechó para enriquecerse de los presagios del vulgo, allegó bienes y privilegios con habilidad y perseverante codicia.

Entonces vinieron el aumento de jurisdicción externa; el conocimiento de todas las causas matrimoniales, queriendo juzgar también las civiles sobretexto de que en todas ellas intervenía juramento, logrando extender de una manera extraordinaria el privilegio del «asilo».

Llegóse á privar de la sepultura eclesiástica al que en su testamento no dejaba algún «legado piadoso», mirándole como hombre sin religión, y por consiguiente, «condenado»; y hubo casos también en que se opuso un párroco á la profesión de un fraile hasta que pagase el derecho de sepultura, diciendo que puesto que ellos morían para el mundo por la profesión religiosa, debían pagar como si se les enterrasen.

Púsose un tributo, dice un escritor (1835), sobre el amor conyugal, y hasta 1400 no fué abolido, mandándose por leyes civiles «que los nuevos casados no pudieran pasar juntos las tres primeras noches de sus bodas con sus mujeres sin permiso del obispo».

Afortunadamente en nuestro país no penetraron estas execrables costumbres, que rechazaba nuestra ilustración y nuestra altiva dignidad; pero en otros países hubo verdaderos horrores en esta materia.

En los archivos de Joinville se encontró una indulgencia en expectativa en favor del cardenal de Lorena y doce personas de su comitiva, por la que se perdonaban á cada uno tres pecados á su elección.

Esta tasa fué arbitraria é ilimitada, según se dice, hasta el tiempo del Papa Juan XXII, que la extendió él mismo como si fuera un Código de derecho canónico, y entonces se vió un «precio fijo» para la indulgencia del adulterio, del incesto, del asesinato, del homicidio, del parricidio. La santidad de Juan X mandó imprimir en Roma, á 18 de Noviembre de 1511, esa espantosa tarifa de crímenes con el nombre de «Tasas de la sagrada cancellería y sagrada penitenciaría apostólica». El cuadro de esas tasas fué impreso en París en 1520, y como muestra, véase lo que dice en el capítulo de «absoluciones»:

«Por el que haya muerto á su madre, hermano, hermana, á su mujer ó algún otro pariente ó deudo, si fuere lego seis libras; si el muerto fuere eclesiástico, el homicida estará obligado á visitar los santos lugares de Jerusalem.

»Por el que ponga fuego en la casa de su vecino, siete libras, cuatro sueldos.

»Por la absolución general de todos los crímenes, setenta y siete libras y diez sueldos.»

Cuanto añadiéramos al lado de estas citas sería pálido.

Del mismo clero salían quejas terribles impulsadas por toda la santa virtud que entonces era necesaria para oponerse á estas costumbres que llevaba consigo la barbarie de los tiempos; pero desgraciadamente estas voces se estrellaban ante una sociedad que aun hoy mismo no las puede comprender.

Está, pues, por tanto justificada la reforma entre los que se separan del poder del Papa, en medio de la lucha que éste sostiene con los que le combatan.

V

Hay quien sospecha que tal orden de cosas terminará con el Pontífice actual, que tiene ya sus días contados. Y en efecto; la avanzada edad de Pío IX da motivos justificados á la prensa europea para ocuparse de las contingencias de su sucesión, y con particularidad la que es hostil á los intereses católicos. El corresponsal en Roma de un periódico belga afirma, bajo el testimonio de persona autorizada, que el gobierno alemán tiene el propósito de apoyar con todas sus fuerzas la candidatura del cardenal de Hohenlohe para el solio pontificio á la muerte de Pío IX. El cardenal de Hohenlohe es el personaje más importante de la iglesia católica de Alemania; ha sabido en medio de la lucha actual mantenerse bien con su gobierno y con el Papa. Los alemanes creen que, si ocupase la silla de San Pedro, ejercería grande y saludable influencia sobre la Iglesia, poniéndola de acuerdo con la libertad y el progreso.

La misma carta habla también de las siguientes candidaturas para el solio pontificio: El cardenal Riaro Sphorza, hombre muy instruido y respetado por su saber.

El cardenal Panbianco, que también es sabio, menos brillante que el anterior, pero más profundo quizás.

Créese que esos dos seguirán, con respecto á Italia, la línea de conducta trazada por Pío IX.

El cardenal Di Prieto, tenido por liberal é inclinado á la conciliación con Victor Manuel.

El cardenal Di Luca, que también se presenta como liberal, aunque no es tan notado como el otro.

Lo principal es que el estado actual de la iglesia romana termine, y que la reforma prosiga por el camino que ya tiempo hace, para que los pueblos toquen pronto los beneficios, el bien moral que trae siempre consigo el triunfo de la verdad, de la justicia y de la civilización.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

LOLA

¿No conocéis á Lola?... ¿no?... ¡imposible!
Si debéis conocerla,

Si es fuerza que tengáis en vuestras almas
Su dulce faz impresa.

¿No recordáis vuestros primeros años,
Cuando la mente inquieta

Entre sueños purísimos, al cielo
Iba, desde la tierra?

¿No recordáis que entonces, en los cármenes
De la región excelsa,

Entre rosas y lirios y jazmines
Y nardos y azucenas;

Hallabais un querub, cuya sonrisa
De inocente amor llena,

Os inspiraba un santo arrobamiento
Una alegría intensa?...

¿No recordáis que entonces, silencioso,
Hasta la cuna vuestra

Donde gozabais el tranquilo y dulce
Sueño de la inocencia,

Entre arreboles, se acercaba un ángel,
Que en la megilla tersa

Os besaba, robando á vuestros labios
Sonrisas placenteras?...

¿Lo recordáis?... pues bien, aquel querube,
Aquel ángel, es ella
Sí, es fuerza que tengáis en vuestras almas
Su dulce faz impresa.

R. ORTÍZ Y BENEYTO

MARI-CASTAÑA

I

Así la pusieron de mote en el pueblo y nadie la nombraba de otra manera que por este apodo. La Naturaleza habíase portado con ella como madrastra cruel, amontonando en la pobre criatura deformidades monstruosas, sin concederla en cambio la más mínima cualidad que embelleciese su cuerpo. Rayana en los diez y ocho años, aparentaba quince; era bajita con exceso, casi enana, de piernas muy cortas y patizamba, sosteniendo un busto desproporcionado por lo grande y con algo de joroba en el pecho. La cara de color de corcho, pecosa de viruelas, chata la nariz, partida por un golpe; los ojitos muy vivos y pequeños luciendo entre dos tiras encarnadas con oficio de párpados; apenas pestañas y el pelo crespo y escaso. Por apéndice boca descomunal, de labio inferior caído, dejando ver dos hileras de dientes casi tan negros como el carbón de piedra. Por otra parte, y para mayor sarcasmo, su contestura no era débil ni mucho menos, y vigorosa sangre, rica en glóbulos rojos, animaba aquel organismo tan defectuoso.

Ningún vecino se condolia mayormente de la mozuela. Al fin y al cabo era hija de una cualquiera, de la tía que se yo cuántos, que hasta que murió hizo de María el mismo caso que de un zapato viejo. Su padre se fué á presidio y no volvió más por el lugar, encontrándose Mari-Castaña sola en el mundo. Por lástima la recogió el posadero del lugar, hízola un hueco en la cuadra entre las caballerías, y la infeliz muchacha tuvo desde aquel momento alcoba y techo bajo el que guarecerse. Pero tal caridad no se la concedía á humo de pajas. El dueño del mesón necesitaba una porquera y la chicuela venía como pedrada en ojo de boticario. A partir de entonces no le faltó á la mendiga una ración de la comida de los cerdos. Y así pasó el tiempo y de una colcha vieja se hizo un delantal, y aprovechó cuatro pingos que iban en derechura de la espuerta, para remendar sus vestidos, y poco á poco fué arreglándose un ajuar, que si reclamaba un sitio en el basurero, era para ella un tesoro.

La niña pacífica y dócil, sobria en palabras, nunca respondía aunque la regañasen. No se necesitaba estimularla al trabajo; diríase que su mayor tormento era estarse ociosa. Cuando no con los cerdos, en la cocina, ayudando á la limpieza ó teniendo cuidado de los guisos. Media palabra del ama bastaba para que se afanase hasta darla gusto. Recibía los favores con el llanto en los ojos, y... ¿quién lo duda? con el agradecimiento en el corazón. ¡Alma hermosa la suya á pesar de la deleznable envoltura en que se escondía! Pero ¡ay! el vulgo no aprecia el diamante sino cuando lo ve tallado, irradiando sus luces al herirle los rayos del sol. El estigma de su nacimiento fortuito, y la afrentosa condición de sus padres pesaba sobre la frente de la inocente muchacha; los vecinos no entendían de retóricas, y no paraban mientes en si Maruja era un ángel ó un demonio.

La tragedia comenzó bien pronto y la inocencia fué en esta ocasión quien tiró la primera piedra. Mari-Castaña, niña aún quiso meter baza en los juegos de las otras chicas, y ellas, con la repugnancia que inspira lo deformado, se opusieron muy formalmente, la insultaron y hasta la dieron de golpes. Cosa muy natural; ella se defendió como pudo y alguna de sus contrincantes sacó la nariz hecha un tomate y tal cual chichón de propina en la cabeza. Aquí te quiero ver escopeta; las contusas gimplaron y las madres pusieron el grito en el cielo. Un día reunidas propinaron tal pa-

liza á Mari-Castaña que me la dejaron medio muerta.

La paz estaba rota, la cruzada en contra en sus primeros pasos. Desde entonces cuanto de malo ocurría en el lugar se le achacaba á Mari-Castaña. Se moría un chico de garrotillo: Mari-Castaña le echó mal de ojo. Tal casa se incendiaba: Mari-Castaña la ha prendido. Que la cosecha iba mal: Mari-Castaña tenía la culpa. Que el agua de las fuentes proporcionaba cólicos: Mari-Castaña la envenenaba. Todas las calamidades eran debidas á su influjo y el vulgo supersticioso llegó á tomarla verdadera ojeriza. Se la prohibió entrar en la iglesia porque desvirtuaba el agua bendita, y el que se la encontraba huía como si se tratase de un colérico. Alguien pensó en exorcismos y la mayoría en que lo más prudente fuera arrojarla del lugar como un bicho nocivo.

Injusticia tan palmaria irritó á la infeliz chicuela inocente de cuanto se la achacaba; al pronto se dejó dominar por la ira, pero triunfó su buen fondo y concluyó por perdonar á sus enemigos. Lo que hizo fué retraerse más que nunca y aislarse por completo de las gentes. Sin embargo, no cesaron estas y concluyeron por afirmar que los sábados la veían por las heras del pueblo, arrasándolas con las llamas que le brotaban de los ojos, afirmación que fué el visto bueno de su patente de bruja.

Mari Castaña reunió aquí y allá cuatro juguetes rotos, muñecas sin cabeza, cabalos sin patas, arlequines partidos por medio del cuerpo; escondió tesoro de tanta monta, porque de haberlo visto hubieran atribuido á hurto, y oculta en el granero en las horas de las siestas, jugaba solita, ni envidiada ni envidiosa. Esto la perdió.

Por donde en la posada faltó un cubierto de plata y si bien los amos de Mari Castaña no daban oídas á murmuraciones, la calumnia es como la mancha de aceite y hasta ellos se había extendido.

No lo encontraron por ningún sitio y la sospecha recayó en la muchacha. La expiaron, supieron que por las tardes se escondía en el granero y fué sorprendida *infraganti* con sus restos de juguetes. ¡Para qué otra prueba! ella era la ladrona. La amenazaron, de las amenazas se pasó á los hechos y de los hechos á maltratarla cruelmente hasta que dijera dónde guardaba el objeto sustraído. No lo dijo; la pobre no lo sabía. Cansados del inútil a paleamiento la arrojaron al arroyo, culpándola de autora del robo. La razón aplastaba por lo convincente. Conforme había hurtado los juguetes... que encontró en los estercoleros, había robado el cubierto.

II

La Providencia no abandona á los que sufren. ¡Bienaventurados, porque ellos alcanzarán consuelo! Mari-Castaña sola en el mundo y sin hogar donde recogerse, no contaba con otro amparo que con el de Dios y no la faltó en tan amargo trance. Pocos días después acertó á venir al pueblo un famosísimo galeno, cuya esposa anémica y débil, contaba recobrar la salud perdida, merced á los puros aires del lugar enclavado en agreste tierra. El doctor, como hombre ilustrado exento de preocupaciones y fanatismos, al saber la historia de la chicuela, movióse á compasión y la admitió á su servicio.

La mujer del médico, señora de nobles sentimientos y bondadosa como pocas, asintió á lo hecho por su marido y Mari-Castaña tuvo otra vez un hogar donde dormir y un pedazo de pan que llevarse á la boca. No se arrepintieron de la adquisición sus amos. Al mes de entrar en sus funciones, se había captado la simpatía de ambos, y la pobre enferma contó con una enfermera irremplazable, pues la chicuela se pasaba, diciéndolo con nuestro inmortal Cervantes, los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, velando por su ama, adivinando sus gustos, procurando complacerla por todos los medios posibles. Esto fué suficiente para que en el pueblo se mirase con malos ojos al forastero, y por el enorme delito de tener un corazón de oro y cerrar los oídos á

murmuraciones, se hizo antipático á sus convecinos. De aquí las habladurías y cabilleos, en voz baja, por supuesto, y á espaldas del interesado, pues en cierta ocasión que con él se propasó uno de los jaques, sacó dos costillas un si es no es quebradas, y media docena de cardenales en los brazos, todo por obra y gracia del bastón, del doctor, el cual no se distinguía por lo sufrido. Ni aun los caciques se atrevieron á molestarle y la cosa quedó reducida á comentarios en familia sobre la suerte de algunas criaturas. ¡Mari-Castaña, por ejemplo! que siendo lobos carniceros en figura de personas, encuentran quien las considere y las proteja,

III

Así el tiempo fué pasando, Mari-Castaña cada vez mejor, pero cada vez más triste, porque había encontrado un ama que era para ella amante madre y esta amante madre se moría. En vano cavilaba el doctor revolviendo libros; la pobre señora consumíase poco á poco y sin ruido. En apariencia no tenía ninguna enfermedad, pero ciertas manchas de color de rosa muy vivo, estampadas en sus mejillas, delataban el mal oculto, á la manera que en las manzanas en sazón á juzgar por la piel, se descubre un redondelito oscuro que indica la podredumbre del fruto. La causa de la dolencia radicaba en la pobreza del licor vital; de sobra lo sabía el médico y á la desesperada, y después de cavilarlo mucho, decidióse á intentar una prueba peligrosa pero decisiva: la de la transfusión de la sangre. Reuniéronse en junta varios colegas, unos de Madrid y otros del pueblo—discutióse el asunto largamente—hubo sus pareceres, y á vuelta de no pocos argumentos, inútiles en su mayor parte, quedó la operación acordada. Pero faltaba lo principal; alguien que se prestase á dar la sangre necesaria. No hubo en todo el pueblo quien ofreciese la suya, ni aun mediando primas no despreciables. Pero allí estaba Mari-Castaña; Mari-Castaña que no pronunciara palabra, porque nada había comprendido, pero que en cuanto se enteró del caso, se presentó á su amo toda confusa, y le dijo balbuciente y temblorosa como si de algo malo se tratase: «Señorito, debo á ustedes la vida; á no haber sido por su caridad á estas horas no existiría yo... Soy muy poco avisada; así que no me entran fácilmente las cosas en el meollo. Sin embargo, escuchando á unos y preguntando á otros, me he enterado de que para salvarse la señorita necesita que alguien la preste un poco de sangre. ¿Dónde se la van á echar? No lo sé, pero pues que le hace falta; aquí está la mía, según los matasanos muy fuerte y muy rica... Ya sé... ya sé... que los del pueblo no han querido!... Buenos bribones... Mejor, con eso no se darán tono... Nadie me manda más que usted... ¿Con que quieren la sangre?... ¿Va usted á rechazarla?...»

El médico escuchó conmovido el ofrecimiento, citó á sus compañeros de nuevo, examinaron en junta á la muchacha, y declararon por unanimidad, que su sangre era tan á propósito que ni de encargo para nutrir la de la enferma, pero que corría algún peligro en la empresa la generosa donante. Inútiles las reflexiones, vanos los consejos, en valde hasta las amenazas; no hubo fuerza humana que hiciera desistir á Mari Castaña. Se consideraba orgullosa por poder ser útil á quienes la sacaron de la miseria. En vista de tal insistencia, á salvo la responsabilidad de los médicos ante el empeño de la moza, y no dependiendo legalmente de nadie, dueña de su albedrío, dispúsose todo para la operación, y con los más exquisitos cuidados hizose una mañana felizmente, gracias á la habilidad del operador, la enferma recibió en sus secas y exhaustas venas, la cantidad necesaria de sangre de las de Mari-Castaña. Como lámpara moribunda que revive al llenarse de aceite, la esposa del doctor comenzó á recobrar las fuerzas, á adquirir apetito, á hacer buenas digestiones y en suma, á vigorizarse hasta el punto de que la salud tornaba á su organismo á pasos de gigante. Pero

¡ay! que á Mari-Castaña no la iba tan bien, y aunque la sangre abundante y rica, prodújola la que la sacaron debilidad extrema y no poco abatimiento. Por entonces se desarrolló en el lugar con carácter epidémico la tifoidea y la fiebre cebóse cruelmente en Maruja. Complicó esto la situación, sobrevinieron graves trastornos, y á despecho del solícito cuidado de los médicos y de la profunda ciencia del doctor madrileño, á medida que la señora ganaba la chicuela perdía; por fin, una mañana tendió aquella alma grande las alas hácia su patria y voló al cielo en tanto devoraba su cuerpo la implacable dolencia.

Por lo demás, ningún vecino comprendió el valor de acción tan sublime; nadie se ocupó de la muerte de Mari-Castaña, ni más ni menos que si se hubiese tratado de un sapo ponzoñoso y no fué flojo el escándalo que se movió entre los vecinos cuando dos días después y por el alma de la muchacha se celebró en la iglesia del pueblo una misa de difuntos, con voces y acompañamiento de órgano y con un lujo como no se había visto nunca otro tal ni aun en los entierros de los más pudientes de la localidad, tributo que rendía á la oscura heroína la agradecida esposa del doctor.

A MÉNDEZ NÚÑEZ

A España un día ofendieron:
La llegaron á insultar;
Porque, cobardes, creyeron
Que sus navíos se hundieron
Para siempre en Trafalgar.

Allá, en extrañas regiones,
Nuestra enseña resucita
Y absortas ven las naciones
Que España tiene leones
Siempre que los necesita.

Marinos de corazón
Saben morir, ó triunfar:
Que cuando tienen razón
O triunfa su pabellón,
O se sepulta en el mar.

Ya Méndez Núñez no existe,
Sólo vive en la memoria,
Y España recuerda triste
Que allí tu sangre vertiste
Para sellar nuestra gloria.

Allá, en los severos juicios,
Premio hallarán tus virtudes;
Aquí, el hacer sacrificios,
Como el sembrar beneficios
Tan sólo da ingratitudes.

Las olas del mar bravío
Lleven la muda oración
Que murmura el labio mío,
¡MÉNDEZ NÚÑEZ! yo te envío
Un ¡ay! de mi corazón,

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

En Filipinas no existe ganado mular ni asnal; el caballo es de pequeña talla, pero fogoso é incansable.

Hay bastante vacuno y mucho cabrío, tanto que hay muchos sitios en donde el transeunte encuentra cabras sin dueño.

El animal dedicado á la carga y al cultivo es el *carabao* (búfalo).

Este animal se cría salvaje en los montes, y en este estado es temible.

El carabao cimarrón prepara emboscadas, aguardando el paso de los cazadores ó transeuntes, sobre los que cae de improviso, persiguiéndoles tenazmente, hasta el punto de que si para librarse de él se busca el refugio

de las ramas de un árbol, el carabao permanece al pie esperando sin cansarse ni calmarse su coraje, ó escarba la tierra y embiste al árbol para derribarlo.

Mas á pesar del carácter feroz de este animal, es tan susceptible de ser domesticado, que puede manejarlo un niño: á tal punto llega su docilidad.

Su aspecto es feo, su abdomen es voluminoso, su piel cerdosa, su cabeza más delgada que la del buey y sus astas tan grandes, que no es extraño verlas que excedan de un metro.

Su descanso es meterse en el agua ó el fango, donde se acuesta, y puede decirse que es anfibio, pues se le ve tener largo rato la cabeza bajo el agua, cuando no entra decididamente á luchar con los caimanes que le robarán sus hijuelos, de los que es amatísimo.

El jabalí de la isla de Luzón es muy apreciado por su exquisita carne, así como el ciervo, que abunda hermoso en los bosques.

Abundan mucho los monos, los faisanes, unas preciosas palomas, vulgarmente llamadas *de la puñalada*, por tener en su pechuga blanca una mancha roja que semeja con toda verdad una herida, de que brota sangre; se han cogido murciélagos que de ala á ala miden más de un metro; en mariposas hay una variedad sorprendente, viéndose muchas de increíble tamaño; hay grandes culebras, pero inofensivas en su mayoría, y que algunas prestan un buen servicio, pues limpian la casa de ratas, que existen muchas; el *ignana* es un descomunal lagarto, y entre una variedad inmensa que podríamos citar del reino animal, pero que omitimos en honor de la brevedad; acabaremos esta parte dando á conocer á nuestros lectores un reptil que es apreciado y digno de estudio.

La *lagartijita*.

En todas partes se la encuentra, desde los cristales de los faroles de la vía pública, desde donde de noche proyecta en el suelo una sombra descomunal, hasta las paredes del dormitorio.

Es de un color ceniciento, nadie la hace daño y nadie la teme, porque presta un señalado servicio.

La abundante vegetación y la excesiva humedad, facilitan la existencia de infinidad de mosquitos, enemigos declarados de la epidermis humana y del sueño; pues bien, la lagartija es la enemiga de este insecto, su misión parece ser el perseguirlos y cazarlos.

El indio es indolente hasta la exageración, y como en todo es abandonado, en sus enfermedades, empezando por el origen y acabando por su desarrollo, crecimiento y funestos resultados.

Sus alimentos nada higiénicos, son la causa que ya, por herencia, su naturaleza se halla viciada y desde su más tierna edad se les ve llenos de *bubas* que generalmente ocasionan ulceraciones de naturaleza grave.

Pero, á pesar de todo, ningún cuidado se toman por ello y sin someterse á las visitas del médico, se las tratan con arreglo á su criterio.

Ellos conocen ciertos medicamentos, que generalmente producen resultados maravillosos en manos de los mediquillos, curanderos indígenas; habiéndose dado caso de curar enfermedades del todo rebeldes al tratamiento de los mejores médicos europeos.

Podrá ser empírica su farmacopea, pero la verdad es que la experiencia tiene demostrado que con ella se han obtenido resultados excelentes.

Aun más célebres que estos son los mediquillos chinos que, charlatanes y todo, como se les llama, poseen remedios tan excelentes, como el *sincal* y el *aca* que emplean en los padecimientos abdominales, de los bronquios y tisis con que han logrado maravillosas curas.

Estos son enemigos declarados de extraer una gota de sangre del cuerpo, prefiriendo á este procedimiento de que han abusado tanto nuestros médicos, el empleo de derivativos,

revulsivos y tópicos, atendiendo con preferente cuidado á equilibrar el frío y el calor, á cuya falta achacan las enfermedades.

Sólo cuando el enfermo se halla completamente bueno cobran su trabajo, que en caso de fallecimiento, pierden con las medicinas que le han dado.

El *tuba*, licor extraído de la palmera *Buri*, lo emplean los mediquillos indios para el tratamiento de la tisis, abrojos para la disentería, las hojas de la adelfa, fritas, para la sarna la corteza del árbol *agaho*, comida en cortas cantidades, devuelve el menstuo, cocida también en dosis pequeñas, corta los esputos de sangre y en mayor cantidad, facilita el parto, empleándose también como abortivo y para curar las partes del cuerpo tullidas; la corteza del *alasis* es buena para los dolores de muelas; el *alicbacgen* cocido lo tienen como específico para las enfermedades de los ojos; el *tuba* del coco, antes de fermentar se emplea para las hernias ó quebraduras recientes; el aceite del coco también tiene propiedades purgantes y puesto á fuego lento con vino en iguales cantidades hasta dejar consumir éste, se considera eficaz remedio para las heridas, su agua como antiescorbútica y excelente para cortar los pujos; su leche, tomada en ayunas y después un poco del vino del mismo coco, dan fin con la solitaria, y así podríamos reseñar otros mil medicamentos, todos ellos de resultados prácticos, todos ellos empleados con satisfactorias consecuencias.

Y á pesar de palparlo, de costar poco trabajo, llegar á la certidumbre de las virtudes de estos remedios que con tanta abundancia ofrece la naturaleza en aquel país, al alcance de la mano y el estudio del hombre científico, ¿es creíble que nuestros médicos permanezcan apáticos en el campo de la investigación, y que sean muy rarísimos los que se han ocupado de estudiarlos?

¿No sería mejor que en vez de burlarse de ellos tratándolos de empíricos, hicieran su análisis y ensayo y al obtener el resultado lo aceptaran para enriquecer la ciencia y favorecer á la humanidad doliente. caso de ser favorable, ó si por el contrario, lo rechazaran y prohibieran á los curanderos su aplicación para evitar perjuicios?

Somos profanos en la ciencia de Hipócrates y de Galeno, pero en aquel país nos sugirió la idea de que dada la diferencia climatológica que existe entre aquel suelo y el europeo, las dolencias que allí se sufren, pudiera ser necesario aplicarlas otro tratamiento distinto que el prescrito aquí, y como siempre pone la naturaleza, al lado del veneno que mata, el antidoto que cura, ¿será hipotético creer que indudablemente los medicamentos empleados por los indios y los chinos son más acertados que los de nuestra farmacopea? Creemos que no; tenemos la absoluta convicción de que este es un campo vastísimo, que se ofrece, van ya muchos siglos, á la consideración de la ciencia, y que sólo es conocido de los mediquillos mencionados y de alguno de los médicos que en aquel país ejercen su elevada profesión largo período de tiempo.

Con esto y con poner decidido empeño en hacer comprender á los naturales lo nocivo de sus artículos de alimentación, se acabaría en Filipinas con muchas de las enfermedades, que sino dan lugar á que la estadística de la mortalidad alcance cifras aterradoras, es porque, como en artículos precedentes hemos expuesto, aquel clima es benigno, y saludable aquel suelo hasta la saciedad.

R. ORTÍZ Y BENEYTO.

(Se continuará.)

AFRICA ESPAÑOLA

La Nación ó el Estado es un territorio ocupado por una misma raza y que está bajo la acción de un poder constituido; la nacionalidad es indivisible y por tanto está en el deber de los gobiernos procurar la unidad, siendo responsables del desquebrajamiento de lo que forma la Nación.

Hé aquí, según nuestro pobre criterio, y guiados por algunas nociones de *derecho político*, lo que vie-

ne á confirmar una idea respecto á un suceso acaecido recientemente en la costa occidental del África; esta parte de nuestro globo terráqueo es la única que se halla ignorado su centro y muy poco conocidas sus costas, á pesar de ser la más antigua. La Europa fué en tiempos lejanos la perla virgen escondida aún en su concha y adornada por las riquezas de sus productos; pero ya había un pueblo ilustre, sábio que encerraba en su seno el más codiciado tesoro, (así como la doncella esconde tras el suyo un corazón codiciado por el hombre, que á pesar de ser dado al vicio, admira y procura buscar á la virtud), del adelanto intelectual del Egipto se desprendieron las primeras esencias de lo sublime, que aspiró la Europa con la delicia, que el niño recién nacido al mundo absorbe el líquido que su madre tiene en sus pechos; de Africa acudieron á nuestra España moderna los pueblos del litoral africano á buscar en nuestro suelo la riqueza, la colonia, una fuente donde poder dar á beber á los hijos que componían aquellos pueblos; es evidente que las catástrofes económicas han sido siempre la mano que les ha empujado en busca de nuevas tierras, así como lo fueron la invasión de Jaban, hijode Jafef, que poblaba con sus descendientes las islas próximas al Asia, pasando á la Grecia, la invasión de los bárbaros en Europa, la venida á España de los árabes, y es para nosotros muy posible que hasta muchas tribus habitantes del Norte del Asia que mantuvieron relaciones comerciales, con el Japon cruzasen el estrecho de Behering llevasen á la oculta América la ilustración del pueblo japonés y chino que mantenía relaciones comerciales con el Egipto, lo que demuestra muchos de los monumentos que existen en el Nuevo Continente.

De todo esto, que tan someramente hemos diseñado, se deduce que la Europa debe á una parte del Africa su ilustración científica, artística y literaria; que muy particularmente nosotros hemos recibido los favores del progreso del pueblo árabe que nos legó obras importantísimas, nos educó en la agricultura, y favorecidos por el clima hermosearon á nuestra España, ¿y ahora debemos hacer nosotros lo mismo? Exactamente igual.

La Sociedad de africanistas, ese centro que posee el amor á todo lo que puede engrandecer á la patria española, madre de la América é hija del Africa, del Africa que nos trajo mucho de lo que hoy aún cultivamos, agregando á nuestro idioma palabras árabes que llegaron luego á castellanizarse, esa Sociedad adquirió un nuevo territorio que comprendía la cuenca total del río Muni y cuya extensión es de 15.000 kilómetros cuadrados donde la bandera española ondeaba orgullosa como diciendo al mundo: «no he muerto todavía, procuro por el bienestar de mis hijos, y vengo aquí, á la tierra que en tiempos muy remotos fué á explotar lo que encerraba mis vírgenes venas», pero de pronto aquel orgullo cesa, el aire no mece ya sobre los campos, el pabellón de España ha sido sustituido por el águila de Francia (1) y España no reclama, España se calla, España consiente, eso no, no es España, es que la mala suerte así lo quiere, no en vano colocamos el primer párrafo sobre Derecho, la *Nación es indivisible*, es decir, que no puede dividirse, y sin embargo, así se ha hecho en el mismo momento en que la Sociedad de africanistas en nombre de España toma posesión de un extenso territorio, este territorio viene á formar parte integrante de la Nación, se nos priva de él, se nos arrebató ese trozo de nuestra España africana, pues lo mismo es que si nos arrebataran las islas de Fernando Póo ó Canarias, aún más que si nos llevasen las Baleares; pero no es el objeto nuestro el tratar este asunto bajo el aspecto político, sino económico y por tanto entremos en el fondo de lo que nos concierne.

Hoy vemos en Africa el horizonte espacioso en que la vista anhelante de espacio, busca ese inmenso continente que en sus costas posee la rica pesca que bajo los rayos del ardiente sol se cultivan producciones importantes y que en su inmenso corazón posee quién sabe los tesoros, quién sabe las riquezas, lleno de poesía y encanto, madre de hermosas flores y de caudalosos ríos, en ella vive la mujer más bella y más ardiente, la mujer de lo ideal, la de moreno rostro, de grandes y negros ojos, la que, cubierta por espeso velo, busca sólo la boca de su señor, no dando al sol su rostro; ahí es donde deben

(1) Carta recibida por un periódico de Madrid, del Sr. Amado Osorio.

ir todos nuestros tiros, ahí donde debemos fundar nuestras esperanzas, tanto por el clima muy parecido al de algunas provincias de España y que podría servirles de refugio, nosotros debemos buscar una colonia que sea capaz de mantener los españoles que emigran al extranjero llevando la riqueza allí donde van sus brazos, esos obreros que abandonan a su querida patria por falta de recursos por una crisis económica, una invasión de españoles en el extranjero, (1) emigran a países donde el sol que les alumbraba no les da el calor como el de su patria, el aire que respiran sus pulmones, falto de oxígeno, las flores que cubran sus campos triste, sin esencias le parecerán, y por último, sin oír el habla de sus padres, los cánticos de su lugar, las carcajadas de las moras, las campanas y la armonía del instrumento de su pueblo, el beso de su madre, el de su amada ó el de sus hijos, y sin cuidar aquel anciano de venerable cabeza que sentado en rústico sillón llora la marcha de su hijo fuera de la nación que le amantó, esperando en Dios la felicidad de volverle a ver, familias sin hogar fijo, buscando su mísera existencia, corriendo cual peregrino el globo en busca de un terreno que cultivar para recoger su fruto. ¡A dónde vais campesinos! Al extranjero, bajo otro pabellón a buscar lo que no encontráis hoy en vuestra patria. ¿Y por qué? Porque aquel terreno adquirido con trabajo y que todos por diferentes medios hemos cooperado a su adquisición, nos lo quitan, y nuestros braceros oyen en su oscuridad la terrible carcajada de la Francia al llevarse un trozo de lo que es España, oyen desde su humilde casa la voz del pueblo que pide reparación, la voz de la justicia, el rugido del león, y ven en perspectiva que sus sueños dorados se desvanecen, presentándose a su vista la miseria ó tener que morir en extraña tierra, ó tener que ver su cuerpo cubierto por las hojas caídas de un árbol a quien creyó mas benigno que su patria puesto que le da lo que tiene, su gratitud, y llora su muerte

EZEQUIEL SOLÍS

LAS ENFERMEDADES DE LA PERSONALIDAD

POR T. RIBOT,

DIRECTOR DE LA «REVISTA FILOSÓFICA DE PARÍS»

Al proseguir M. Ribot el curso de sus tan notables trabajos de psicología fisiológica, después de haber tratado de las enfermedades de la memoria y de la voluntad, estudia la de la personalidad humana.

Dichos trabajos son, por lo tanto, completos, un método y una doctrina.

Un psicólogo que rechaza admitir la existencia de un alma distinta del cuerpo, de una sustancia simple é indivisible cuya naturaleza es pensante, no puede ver en la conciencia otra cosa sino la expresión muy compleja de los fenómenos orgánicos y cerebrales. Por consiguiente, para él el estudio de la enfermedad ofrece mayor instrucción que el del estado sano.

La enfermedad, en efecto, se encarga de efectuar en los seres vivos experimentos que ningún procedimiento artificial podría ni osaría intentar. Ella atenúa, mutila, desdobra ó disuelve la personalidad. Misterio ó escándalo para el psicólogo espiritualista, la enfermedad que hiere hasta a la propia alma, ó sea al *yo*, viene a ser para el psicólogo fisiologista el auxiliar más precioso é inesperado. Las alteraciones progresivas de la personalidad le revelan el secreto de su formación. La naturaleza hace en cierto modo a su propia vista el análisis de ese sugeto que se cree indivisible y que debe la ilusión de su simplicidad a la coordinación misma de los *processus* innumerables que lo constituyen. Era ya un axioma de la antigua psicología que lo que es simple no puede alterarse ni perecer, y de este principio deducía esta ciencia su prueba más predilecta en favor de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma. En efecto, es así que la entidad por la mis-

(1) Argelia y las repúblicas hispano-americanas.

ma razón puede enfermar; luego su personalidad no es simple. Y no siéndolo, ¿qué otra cosa podremos ver en ella sino los elementos que la componen, los cuales subsisten aun después de un accidente cualquiera que los dispersa y de que es su resultante cuando están unidos y combinados? A pesar de que estas consecuencias suelen sublevar ciertos ánimos, fuerza es y tiempo es ya de que nuestra mente las considere sin pavor. Desconocer ó negar los hechos nunca ha servido para nada, y el espiritualismo, al contrario, lejos de perder, gana mucho cuando un juicio sincero a la par que eminente, como el de M. Ribot, le aporta una nueva ocasión para comprobar el valor de sus argumentos.

**

Analicemos rápidamente la teoría de monsieur Ribot, y pronto veremos si está sancionada por los hechos.

El elemento primitivo de todo organismo es la célula, la cual por sí sola constituye un ser vivo capaz de nutrición y de reproducción. Lo que conviene es ver si los fenómenos químicos que en ella se realizan van acompañados de un minimum de conciencia, lo cual es probable para todo el que admita la hipótesis de la evolución. La conciencia no es un hecho milagroso y las condiciones que la constituyen deben existir al menos potencialmente aun en las manifestaciones más humildes de la existencia. Es evidente que en los organismos superiores en que la especialidad de las funciones llega a un alto grado: lo que sintetiza la conciencia colectiva de esta república de células es el aparato nervioso, son los centros cerebrales, y sobre todo, las capas corticales de los hemisferios.

De todas estas individualidades surge una especie de delegación, por la que cada elemento renuncia a ser por sí mismo un yo infinitesimal, produciéndose en el acto un órgano propio de la conciencia, donde se registra todo aquello que podría llamarse vibraciones psíquicas de todas las partes del cuerpo.

La conciencia adulta es, en efecto, la suma de una inmensa multitud de pequeñas conciencias; la persona humana es una síntesis que traduce a cada instante el estado higiológico ó patológico, enervado ó deprimido del organismo entero. La personalidad es el cuerpo vivo y orgánico que determina por sí mismo un sugeto; esa personalidad de ningún modo significa una sustancia distinta, ni una cantidad fija, sino variable de más a menos como de menos a más, según las modificaciones correspondientes de que es objeto el concierto vital del que el organismo es resultante.

Hé aquí la teoría; veamos ahora los hechos.

Las alteraciones transitorias de la personalidad se manifiestan en el sueño bajo la influencia de condiciones orgánicas distintas de las de la vigilia. Mr. Ribot admite con los metafísicos que el alma piensa siempre y cree que en el sueño profundo la conciencia y con ella la personalidad son momentáneamente abolidas. Es innegable que un oscuro instinto del *yo* persiste aun a pesar de la ausencia de pensamientos distintos que impainen su huella en la memoria. El síncope es una abolición más completa aun de la conciencia como lo prueba la experiencia. Todo el que haya perdido alguna vez el sentido, ha podido convenirse de su anonadamiento. Lo más notable es que durante el sueño la paralización de la vida psíquica superior, permite algunas veces a la conciencia difusa en los órganos penetrar en la esfera del *yo*. Las disposiciones mórbidas, no sentidas en la vigilia, se manifiestan a la manera de sueños ó imágenes, símbolos y pronósticos de graves desórdenes a veces irremediables. «Arnaldo de Villanueva sueña que ha sido mordido en la pierna por un perro, y algunos días después la pierna se ve invadida de una úlcera cancerosa. Gesner se cree mordido durante su sueño en el lado izquierdo por una serpiente; poco después se desarrolla en el mismo sitio un antrax, del cual muere. Macario padece en sueños un violento

mal de garganta; pero se levanta bueno: algunas horas después se siente atacado de una amigdalitis intensa. Otro hombre ve en sueños a un epiléptico, y al poco tiempo sufre este mismo mal. Una mujer sueña hablar con un hombre que no puede contestarle por ser mudo, despierta y se encuentra en la afonía.»

Corrobórase esta teoría por la observación de los monstruos dobles y los gemelos. Claro es que si la personalidad moral es la expresión del organismo, un monstruo compuesto de dos individuos casi completos, unidos no más que por un punto de sus cuerpos, debería ser del mismo doble moralmente cual ya lo es físicamente. El parecido bajo el punto de vista del carácter y de los pensamientos podrá acusar gran semejanza; pero ésta se explicará suficientemente por la igualdad misma de sus dos cuerpos y la identidad de circunstancias a que han debido su común desarrollo; pero estas similitudes no excluyen diferencias a veces considerables, como se han podido ver en los célebres hermanos siameses. Función, acciones, palabras, los pensamientos mismos eran entre ellos concordantes; éranles comunes la alegría, el dolor y aun los deseos, la frase misma comenzada por el uno era a menudo acabada por el otro; pero con la edad, y a efecto de circunstancias, fueron acentuándose progresivamente las diferencias características; el uno de los dos hermanos se hizo moroso y taciturno, mientras que el otro se mostraba espontáneo y alegre.

Entre los gemelos, y sobre todo los del mismo sexo, salidos por lo general de dos núcleos germinativos del mismo óvulo, la conformidad de organización intelectual y moral se mide por la de la organización física. Gastón lo ha demostrado en once casos por treinta y cinco, refiriendo una anécdota bastante curiosa de aquel gemelo que, encontrándose por casualidad en una ciudad de Escocia, compró un servicio de vagilla para el campo, que le llamó la atención con el fin de sorprender a su hermano, que estando en Inglaterra a la sazón se hizo también de un servicio igual, exactamente del mismo modelo para regalarlo al primero. «Y por este estilo, añade Mr. Gastón, supe de estos dos hermanos cosas parecidas muy curiosas.»

Otras veces parece que los gemelos no son del todo semejantes, sino más bien *complemento* el uno del otro. Por ejemplo, al paso que uno de ellos es contemplativo, poético y literario hasta lo sumo, el otro es práctico y bien dotado para las matemáticas y las lenguas. Diríase que se han repartido por equivalencia el capital intelectual hereditario acumulado en el óvulo en que ambos han tenido vida y forma.

**

Vengamos ahora a las alteraciones de la personalidad producidas por causas propiamente patológicas que encaminarse pueden en los efectos de las perturbaciones orgánicas, efectivas é intelectuales.

Puede acontecer que una parte de los elementos que constituyen el cuerpo no esté representada en la conciencia colectiva del individuo. La conciencia total queda entonces disminuida otro tanto; el *yo* se siente aminorado y tiene como una ilusión de un anonadamiento que le amenaza. «En medio de la salud más floreciente y en el momento mismo que se está en posesión de una exuberancia de vida y de fuerza, se experimenta así como una debilidad cada vez mayor y tal que da lugar a temer a cada instante un síncope y aun el aniquilamiento.» Semejante estado engendra ordinariamente conceptos delirantes; éste pretenderá que un demonio se ha introducido en su cuerpo y absorbe su existencia; otros afirmarán que carecen de boca, de estómago, de intestinos, de cerebro; quienes que sus miembros son de manteca, madera ó vidrio; y por último, otros dirán que están muertos. En algunos casos el estado mórbido se proyecta al exterior y el individuo prescinde de una parte de su personalidad física. Tal enfermo que ha perdido la sensibilidad de la mitad del cuerpo

se figura tener á su lado, en la cama á un cadáver. Otras veces, por el contrario, esta enagenación no se produce; el grupo de las sensaciones orgánicas de naturaleza mórbida, «se estrecha al yo orgánico normal, coexiste con él durante algún tiempo sin fusionarse; entonces á la inversa, el enfermo cree que tiene dos cuerpos. Pariset habiendo sido atacado en su primera juventud de un tífus epidémico, permaneció muchos días en un aniquilamiento cercano á la muerte. Despertóse en él una mañana un sentimiento más distinto de sí propio; asaltarle este pensamiento y efectuarse en aquel ser así como una resurrección todo fué uno; pero cosa maravillosa desde aquel momento tuvo dos cuerpos, por lo menos así lo creyó, pareciéndole que cada uno de ellos reposaba en diferente cama; y á la vez que su espíritu se sentía fortalecido y gozaba de un descanso delicioso en uno de esos cuerpos, en el otro sufría acerbamente y exclamaba: «cómo es que me hallo tan bien en esta cama y en la otra padezco tanto?»

Las alteraciones del yo originadas por las perturbaciones afectivas tienen además su causa primera en el organismo; sólo que en este caso la perturbación fisiológica es menos ostensible, porque se disimula á través de los deseos, sentimientos ó pasiones modificadas con mayor ó menor intensidad. Difícil sería seguir á M. Ribot por entre el cúmulo de casos ingeniosamente graduados que enumera; bastará recordar los cambios que hacen sufrir á la sensibilidad moral, y por consecuencia á la misma personalidad la pubertad ó la castración. A menudo el mismo individuo manifiesta alternativamente, con intervalos más ó menos próximos, dos caracteres opuestos, y acontece que un joven cuya conducta haya sido siempre intachable se abandona de repente á las peores tendencias sin que pueda presumirse por su estado patológico señal evidente de enagenación; pero lo que prueba que la causa primera del fenómeno pertenece al orden fisiológico es que queda absolutamente insensible toda la superficie de la piel, siendo diferentes las disposiciones del mismo cuando aquella vuelve á recobrar su sensibilidad, haciéndose dócil, afectuoso y comprendiendo además todo lo deplorable de su situación. La anestesia cutánea es la señal externa de una perturbación corporal profunda y desconocida, y cuando ésta se agrava hasta el punto de paralizar en cierto modo las bases orgánicas de la memoria, entonces la desintegración de la personalidad es completa, un nuevo yo aparece que puede alternar con el primero y del que pierde hasta el recuerdo. Este es el tan conocido caso de Félida.

Las alteraciones de la personalidad que resultan de las facultades intelectuales perturbadas, ofrecen notables ejemplos en los alucinados. Los más frecuentes son los del oído. El sujeto oye una voz y cree que es una persona extraña que le habla y á quien atribuye sentimientos ó ideas que no reconoce como suyos. Viene á ser como un desdoblamiento de la personalidad. «Una histérica tuvo de pronto pensamientos y profirió palabras que no tenía intención de decir, las que pronunciaba con una voz que difería de la suya ordinaria, sin proferir otra cosa que observaciones, ya indiferentes, ya razonables, que después tomaron un carácter negativo.» Más tarde, esta disposición de la voz se fué acentuando de más en más hasta el punto de comentar las palabras de la enferma, criticarlas y ridiculizarlas. Se comprende esta oposición creciente de dos personas; el yo verdadero atribuye al estado de la conciencia que objetiva una realidad, una voluntad distinta de la suya, y esta distinción va marchando poco á poco al antagonismo.

Este hecho es todavía más sorprendente, cuando á las alucinaciones del oído se añaden las de la vista. Tal es el caso curioso de un americano conocido por M. Ball. «De resultas de una insolación permaneció todo un mes privado de conocimiento. Poco tiempo después de haber recobrado sus sentidos, oyó una voz de hombre de clara articulación que

le dijo:—¿cómo se encuentra usted? El enfermo contestó y se entabló un ligero diálogo. Al día siguiente se repitió la misma pregunta y el enfermo buscó sin ver á nadie.—¿Quién sois?—le dijo.—Soy M. Gabbage, respondió la voz. Pasados algunos días, el enfermo entrevió á su interlocutor que, á partir desde aquel momento, se presentaba todos los días con la misma fisonomía y el mismo traje, viéndolo solamente de frente y aun su busto; era un hombre vigoroso y bien formado, como de treinta y seis años, barba poblada, castaña oscura, grandes y negros ojos, adornados de espesas cejas; siempre iba vestido de casa. No consintió jamás dar al enfermo otras señas que su nombre. Por último, este personaje fantasmagórico se hizo cada vez más tirano, y comenzó por condenar al americano que arrojase al fuego el periódico, el reloj y la cadena, que cuidase como enfermos á su joven esposa y á su hijo, á quien concluyó por envenenar, y, por último, que él mismo se echase por la ventana de un tercer piso, haciéndose una tortilla.»

Los asiduos estudios de hipnotismo y de sugestión suministran del mismo modo ejemplos de desdoblamientos transitorios de la personalidad, originados por influencia ejercida sobre la inteligencia del paciente.

«Dos personas se aproximan cada una por su lado al oído del paciente; el de la derecha describe la belleza del tiempo; el costado derecho sonríe; el de la izquierda habla de la lluvia, este lado manifiesta su descontento... O bien sugiriendo en el oído derecho la alucinación de una broma de campo, al mismo tiempo que cerca del izquierdo se imita el ladrido de un perro: el rostro expresa por la parte derecha, satisfacción, y por la izquierda, inquietud.»

Se ha pedido una explicación basada en la naturaleza de estos hechos singulares y se ha llegado á considerar los dos hemisferios cerebrales como dos órganos casi independientes el uno del otro. Sus funciones armónicas en el estado normal, bajo la influencia de ciertas causas, pueden llegar á ser enteramente distintas y aun antagónicas. El desdoblamiento de la personalidad, y los casos mucho más frecuentes, y por decirlo así cotidianos, en que dos alternativas contrarias se disputan la adhesión de la voluntad, no serían en aquel supuesto sino la expresión en términos psicológicos del dualismo del órgano pensante. Mr. Ribot asume grandes razones contra esta explicación y observa que en la vida moral ordinaria ocurre á menudo al individuo tener como en suspenso su voluntad entre dos deseos ó partidos distintos. Se puede vacilar, por ejemplo, entre viajar hacia el Norte ó hacia el Sur, ó bien quedarse en casa. Además, cuenta el suceso de un individuo que se creía no ya doble sino triple. Era éste un sacerdote que, según refiere Esquirol, con motivo de haber aplicado demasiado ardientemente su inteligencia al misterio de la Trinidad, se figuraba que él mismo existía en tres personas, exigiendo tres cubiertos en la mesa, tres platos y tres servilletas. Las excisiones del yo pueden, en efecto, ser múltiples, y recíprocamente las alternativas y las oposiciones de la vida moral ordinaria se manifiestan aun entre individuos reducidos desde la infancia por algún accidente á un sólo hemisferio.

Si la personalidad no es más que una síntesis, una *coordinación psicológica* más ó menos perfecta en el estado normal, más ó menos gravemente alterada por ciertas influencias mórbidas, hemos de verla disolverse poco á poco á medida que las coordinaciones fisiológicas que dicha personalidad determina, tienden por sí mismas á disgregarse y parece que esto es lo que se observa en la demencia. Esta se traduce por «una incoordinación siempre creciente hasta el momento en que el yo desaparece en la incoherencia absoluta, no subsistiendo entonces en el individuo más que las coordinaciones puramente vitales mejor organizadas, más ínfimas, más simples, y por tanto, las más estables que también desaparecen á su vez.» De modo tal que la

disolución definitiva del organismo mental nos revela el secreto de su formación, y la naturaleza, deshaciendo pieza á pieza la personalidad á la vista misma del observador, confirma suficientemente la hipótesis que la define como integración progresiva de elementos innúmeros.

Nosotros hemos querido dejar hablar los hechos sin mezclar comentarios ni discusiones. Ciertamente que en este orden de estudios los hechos estrictos constituyen las pruebas que deben estar en primera línea. Las interpretaciones no pueden ser más que previsoras, pues ninguna teoría se impone desde luego la ciencia. Al menos parece que la hipótesis espiritualista de un alma sustancia, distinta del cuerpo por su naturaleza, no sea ya sostenible y no nos cogería de ningún modo de sorpresa que en este resultado completamente negativo consiste para muchos el principal mérito del libro de M. Ribot.

Sin embargo podría ser que el espiritualismo no haya sido en él tan profundamente herido como ha manifestado, no siendo la personalidad en su criterio lo que para nuestro autor. M. Ribot entiende por esta palabra el carácter, el yo, las manifestaciones superiores de la conciencia, mientras que para el espiritualismo esta es propiamente la obra de la libertad.

El carácter, las tendencias afectivas, las disposiciones intelectuales y morales, la conciencia, que es de todo esto inseparable, son en cierto modo materia suministrada por la naturaleza, legada por la herencia. Hay quien adorna á esta materia de un poder original y que se reconoce distinto, la libertad; adjudicándole la potencialidad no sólo de modificar su carácter peculiar, sino de desarrollar ciertas tendencias, reprimiendo otras, de dirigir hacia tales ó cuales objetos sus facultades intelectuales, y en una palabra, de sustituir á la obra iniciada en nosotros por la naturaleza, otra nueva obra que propiamente somos nosotros mismos y que se llama la persona moral. La personalidad en este supuesto sería entonces la libertad y no el organismo y sus condiciones y cada uno de nosotros podría ser persona, carácter, temperamento á medida de su deseo, creando por su voluntad las facultades psico-fisiológicas. En cuya hipótesis se podría llegar á ser más ó menos persona sin que la vida psíquica aumentase ni decreciese por ello y la conciencia, simple, idéntica con la reflexión, esto es, la voluntad misma sería lo que constituyera el yo uno é indivisible.

El tecnicismo fisiológico ha de negar á priori la libertad, no pudiendo ver en ella sino un espejismo producido por el conflicto de los múltiples deseos y aspiraciones que se equilibran momentáneamente en el individuo y que no son por sí mismos sino expresión en términos de conciencia, de los *processus* cerebrales, determinados por el predominio de los órganos. El espiritualismo tiene la pretensión de crear la libertad, ideal abstracto; ó mejor, él es por esencia la filosofía de la libertad, en tanto ideal separado de la práctica y de la experiencia física y antropológica. Pero entre estos dos extremos que abarcan los distintos polos de la filosofía, se ha de afirmar el concepto real del organismo humano, analizando sus facultades fisiológicas y psíquicas, unidas entrambas en su coexistencia necesaria é imprescindible y sin anularse las unas á las otras para constituir la personalidad humana.

Traducción de

TEOBALDO NIEVA.

EL ARTE

El arte en España es la personificación viva del Mediodía de la culta Europa; en este país, que la naturaleza se presenta rica y esplendorosa inundando todo el ancho espacio de prodigios, efectos divinos del Ser Supremo, se nace con el alma artista, con la mente inspirada á la poesía, con el corazón

enchido de todo cuanto tiene que relacionarse con el cielo, ¿qué alma nacida en la Península Ibérica no siente arder en su pecho el sagrado fuego del artista? Ninguna, todos desde el momento mismo en que tenemos uso de razón corremos por los campos llamando nuestra atención las flores, la mariposa que vuela, la abeja que liba, el pájaro que envuelve el espacio con sus endechas, el horizonte limpio y esplendoroso, el sol que ilumina nuestro planeta, y todo esto viene a crear en nuestro corazón un nuevo templo a lo creado, nace el espíritu de la poesía, del arte de la riqueza intelectual; hé aquí, pues, el por qué España es un país esencialmente artístico, hé aquí por qué nosotros admiramos con casi adoración los productos de Lisipo, Praxiteles, Miguel Angel, Murillo, genios verdaderamente bajados de las altas regiones; pero hay un arte, que ha sido en tiempos remotos despreciado; éste es el arte de la escena que hoy hay que admirar en él dos cosas, la importancia que tiene para el desarrollo de la literatura y el estudio que se hace de las sociedades; el primero de estos dos casos nos han dado hombres ilustres, cuyo genio prodigioso ha sobrepasado a toda ponderación; imposible parece que en el pequeño recinto del cráneo pueda existir las enormidades de ideas, ideas que cada una de ellas de por sí ocupan el planeta entero, ideas que pasando los extensos mares han encontrado eco estos eminentes varones, no han hecho otra cosa sino evitar ciertos sucesos, hechos históricos, retraer a las muchedumbres de alguna cosa, moralizar a la sociedad atacándola por su inmoralidad, exponer, en bien pintados personajes, todas aquellas cosas que puedan existir en el mundo real, buscar la verdad en la vida moral de los pueblos para que puesto en la escena, puedan corregirse de tal ó cual defecto, viendo la realidad de las cosas y el castigo que pueden obtener traído por las circunstancias; aquí entra la inteligencia del autor el ver la manera que puede emplear para llegar a un desenlace, lleno de veracidad, no absurdo y mal traído, porque en ese caso la persona que desde su localidad sigue con todos sus pormenores la marcha del drama, tragedia ó comedia, por hallarse en iguales circunstancias, se anima al ver que el genio del autor ha tenido que recurrir a una extravagancia por no haber podido dar con el secreto de una manera lícita y leal.

Por fortuna hemos tenido autores que han seguido estas reglas, citaremos en la actualidad a Ayala, con el *Tanto por ciento* que presenta un hecho que está dentro de la realidad, la codicia, sacrificando la honra de una mujer, la felicidad de un hombre, por sólo adquirir, uno la finca codiciada, otros la participación con el usurero que despreciando la amistad de la infancia, busca en ella el negocio; Hartzenbusch, García Gutiérrez, Echegaray honran la dramática española ensalzándola a la gran altura que gozó la escena en tiempo de Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina; pero a estas lumbreras del teatro, hay que unir otras que con el arte que llevan en su alma dan la vida de la realidad a los cuadros dramáticos del autor, estos son los actores, los que nos representan desde la escena a nosotros mismos, aquellos que ciñen la diadema real y empuñan el cetro, aquellos que con el cuerpo cubierto por pieles lloran su desventura cantando en magníficas trovas su esclavitud y abandono, el actor representa en la moderna sociedad un papel importante, primero porque él es el encargado desde la tribuna del teatro dirigir entre rayos de luz llenos de la inspiración del genio, la palabra cantando los vicios de unos, las virtudes del otro, estremeciendo al espectador, a causa de fotografiar su falta, ó de verse ensalzado en su virtud, corre por todos los cuerpos el estremecimiento del error del pecado, y en todos los ojos se leen la alegría del bien; el actor es el que, elevándose sobre las cumbres de lo sublime, busca en lo infinito el destello de lo divino; el que sin moverse de la escena lucha su alma con las tinieblas que le produce el papel que representa, yendo a buscar en las regiones azules un rayo de claridad ó ya el que rodeado por la viva luz de la gloria esfuerza poco su alma para llegar a llevar la convicción al ánimo de todos; así vemos que el inmortal Romea, gloria escelsa de lo que podemos llamar tribuna de la sociedad, centro del progreso científico y literario, crítica del mundo, con una palabra, con un gesto ó ademán sabía arrancar los aplausos de aquella muchedumbre misma a quien criticaba, de aquel público que delirante ceñía sus sienes con la corona de laurel; y tan grande era su alma que inun-

daba el coliseo amalgamándose con el espectador; pero todo aquello quedaba dentro de un recinto, aunque su fama fuera universal, se sentía la falta de un eco poderoso que nos viniera a recordar constantemente las glorias artísticas que nos presentara sus vidas, sus efigies llenándonos el alma de santo respeto y cultivando el corazón hacia lo que hay de más grande y sublime en los pueblos, eco poderoso que estendiere su voz por todas las partes donde llega el vapor, infundiendo en todos la luz preciosa de la ilustración, estimulando al artista, al literato, al hombre de ciencia, que continúe su penosa carrera, haciéndonos oír la voz poderosa del poeta Zorrilla que en melodiosos versos nos canta las glorias de la nación, las notas dulces de un Gaxarre y de una Patti ensalzando nuestra mente a las etereas regiones como queriendo adivinar las celestes músicas, las lirras de oro que esgrimiera el poeta y el genio del artista que existen alrededor del trono divino, este hueco que se dejaba sentir ha venido afortunadamente a llenarlo *La Ilustración Artística Teatral*; que por su clase es la única en España é iguala a las del país del arte, a Italia; un espíritu artístico enamorado de lo que forma el blasón más rico de los pueblos, las notabilidades; ha creado ese periódico que constantemente viene a recordarnos las celebridades del artista, del poeta, del escritor, y con especialidad del actor que es considerado como el hijo predilecto de la literatura moderna y antigua.

El Sr. Sendra ha logrado su deseo, puesto que con su periódico inculca en el ánimo de todos el deseo de poder honrar a su patria y desde aquí yo que siento arder en mí ser la llama poderosa del arte, amo todo lo que es grande, admiro todo lo que es sublime, por eso siento amor a *La Ilustración Artística Teatral* y admiro el alma generosa, que ha hecho que España tenga un periódico que nos recuerde nuestras glorias, que lllore la pérdida de un ilustre hijo de la patria y que al aplaudir al autor y actor los aplausos tengan resonancia imperecederamente en lo futuro.

¡Loor al arte!

RAMÓN DE SANJUÁN

EL ROMANCIERO DE JOLÓ

(FRAGMENTOS)

A LA EXCMA. SEÑORA MARQUESA DE SAN RAFAEL, CONDESA DE MINDANAO

Señora: los trovadores
allá, en los tiempos de antaño,
en los feudales castillos
dejaban oír sus cantos
de amores y de victorias,
mesa y protección buscando
cerca de los poderosos;
mas con los siglos cambiaron
las costumbres y los vates
siguen su triste calvario,
y los más cantan y viven...
y se entierran por milagro.
Si cuando este ROMANCIERO
vea la luz, hay menguados,
que de adulador le tratan,
sólo señora os encargo;
hagáis constar, «que mi lira
»sólo vibra al nombre patrio;
»que quien la pulsa, ha nacido
»español y castellano;
»que si tegió una corona
»a los que en Joló triunfaron
»para que sea más digna
»de tan insignes soldados,
»se la dedicó a una dama
»que sólo en Joló pensando
»pasóse noches y días
»noches tristes, días largos,
»largos, como de un proscrito,
»tristes, como las de un naufrago,
»noche y día, a Dios pidiendo
»el triunfo de los cristianos!» (1).

(1) La suspicaz Censura de Filipinas prohibió la publicación de este Romancero, durante el mando del general Moriones.

EL AUTOR.

I DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS FILIPINAS

por Magallanes.

Cuando la invencible España,
llena de fe y heroísmo,
venciendo a la media-luna
alzó la enseña de Cristo;
cuando desde Covadonga,
en las Navas y en Clavijo,
y hasta la oriental Granada
luchó por siglos y siglos,
marchando de triunfo en triunfo
sobre el feroz islamismo,
prodigando sus tesoros
y la sangre de sus hijos;
cuando necesita un mundo
para ensanchar sus dominios,
estrechos para su fama,
pequeños para sus bríos,
y en alas de su osadía
marcha a lo desconocido,
y un mundo espléndido arranca
al oceano infinito,
que en sus turbulentas olas
cual un tesoro escondido
reserva, para que España
multiplicara su brillo,
envidia causando al orbe
por tan gigante prodigio;
cuando la Fama pregonaba
la fama de sus marinos,
intrépidos cual ninguno,
y cual ninguno sufridos,
valientes como ellos solos,
como ellos solos altivos,
que en su frágil tabla tocan
ora el cielo, ora el abismo,
tremolando el estandarte
de leones y castillos,
por el que juraron ser
antes muertos que vencidos;
cuando descubrir anhelan
horizontes nunca vistos
donde clavar su bandera
y a costa de mil peligros
y al grito de Dios, Rey, Patria,
aceptan el sacrificio
de la vida y sonriendo
dan un adiós y un suspiro,
que lleva la oriental brisa
para los seres queridos,
que en las españolas playas
salieron a despedirlos;
cuando imposible parece
hallar de Oriente el camino;
cuando todo se conjura
contra tan altos designios,
la fe, el valor y el trabajo,
tres elementos benditos,
que unidos lo vencen todo,
hallaron un estrechísimo
paso, de paso difícil,
que Magallanes bendijo
de rotillas, exclamando:
¡Gracias! ¡Ya el Oriente es mío!
¡Viva España, compañeros,
siga su rumbo el destino;
la inmortalidad es nuestra!
¡¡¡gloria al inmortal espíritu!!!
¡Y pareció que las brisas
murmuraban el gran himno,
que libraría en las selvas
vírgenes del paraíso!

Pasó el tiempo; ¿qué no pasa?
con vertiginoso giro
y los españoles llegan
a contemplar el sol indio
y plantan su enseña en este
suelo tan fértil y rico,
al que nombran *Filipinas*,
en nombre del gran Filipino.

II

LA ISLA DE JOLÓ

Existe al sur de Luzón
una isla semi-salvaje,

que desde remotos tiempos de moros hacen alarde y sectarios de Mahoma, degenerados, cobardes, sin religión, sin creencias y sin los fieros arranques que allá en España mostraron cegries y abencerrages, nos insultan y demuestran de tiempos inmemoriales, sabiendo que siete siglos luchamos en todas partes con ellos, y aunque vencidos por el número, constantes, peleando noche y día conseguimos arrojarlos á las ardientes arenas del Africa, donde yacen, sin que contra los cristianos den de su valor señales.

No ha mucho nos insultaron, y con fuerzas desiguales fuimos de Ceuta á Tetuán y allí firmaron las paces; paces que los españoles no pidieron humillantes, que jamás humilla el fuerte como se impone el cobarde.

La isla de que tratamos es Joló, y no es muy grande; pero con ser tan pequeña, nos produce tantos males, que es preciso escarmentarlos; ellos en sus pancos salea á piratear, que son piratas de pura sangre, y los temerosos indios que han querido refugiarse bajo el pabellón de España, uno á uno á cientos caen y á la esclavitud caminan por esos desiertos mares, dudando que España corra en su auxilio con sus naves.

Allá en el mil ochocientos pensaba el asesor Juárez «que para cortar su audacia era preciso irrogarles daños de mayor cuantía y sus viviendas quemarles para que en lo venidero temiendo por sus hogares fueran menos agresivos temiendo los propios males.»

Injustamente temidos fueron, porque generales como Corcuera y Almonte los asaltaron audaces coronando nuestra enseña las cotas de los sultanes.

Siguen las expediciones causándoles mil desastres tanto que no hay joloano que permanezca á su alcance y no encontrando enemigos que el paso les disputasen causan cuantos daños pueden en haciendas y lugares, y tras de talas y quemas de nuevo á Manila parten.

A las órdenes de Olaso después otra flota sale, para entablar una paz ni duradera ni grande, pero que en lo de Joló nuestros descalabros calme.

Acometió y cayó herido con otros tres capitanes y los soldados sin jefes tuvieron que retirarse y los moros prosiguieron tan piratas como antes.

Llegó á tanto su osadía fueron tantos sus desmanes que no puedo enumerarlos ni es justo que yo los cante; tres siglos y medio dicen con elocuente lenguaje, que hicimos cuanto se pudo; pero esos ruines alarbes

en alas del fanatismo acometen, vencen, arden aquellos pueblos playeros que defenderse no saben, y en triunfo cautivas llevan gentes de todas edades, sin pensar que en Filipinas pechos españoles laten; que aun hay gobierno y hay patria que no teme los desastres; que al español no le importa ganar pronto ó ganar tarde, que lo esencial para él es que tarde ó pronto gane.

Tocóle el turno á Amocero, Andrés García, Fernández, Leño, Aragón y otros que fueron innumerables con cuyas hazañas llenan de la historia los anales.

Tanto es así, que el sultán pidió que le bautizasen; vino á Manila, le honraron, le ayudaron, y más tarde procedió como quien era. tornóse moro á sus lares.

Llegaron á esta bahía joloanos con disfraces, cautivando varios indios al regresar á Malate; hubo capitanes muertos, cautivaron muchos frailes, profanaron muchos templos, y con los templos altares, nada por nada perdona su odio irreconciliable.

En Joló tenemos tres siglos de eternos desastres, pero el siglo diez y nueve, siglo entre los siglos grande, por donde va civiliza, continentes, islas, mares, y como todo Joló debe en él civilizarse.

Siglo de paz y progreso; siglo de ciencias y artes, siglo que marca la senda que han de seguir las edades; siglo de dudas, de luchas, luchas dignas de titanes en que se discute todo y al discutir, la luz sale, como del *facta lux sea* brotó á la vista del padre.

Matar antiguas creencias borrar antiguas edades.... el paso es penoso y lento y nunca es tarde, aunque tarde; pero al siglo diez y nueve aun le resta lo bastante antes de terminar, para librarnos de iniquidades, de piratas y opresores llámense como se llamen.

V

¡A JOLÓ!

Venga esa lira, que muda permanecía en mal hora; hoy la patria resucita, y siempre mi lira, pronta, aunque destemplada, estuvo á cantar las patrias glorias.

Se ha declarado la guerra al joloano, y la honra exige que los poetas entusiasmen con sus trovas; que se haga sentir al pueblo; que se enardecen las tropas; que á todos den el ejemplo las órdenes religiosas; que empleados, pobres, ricos, con caudales y personas, presten su apoyo á la patria, aquella augusta matrona que con júbilo nos muestra las cumbres de Covadonga.

Desde Covadonga fuimos al Africa abrasadora,

hallando en nuestro camino más desastres que victorias; pero ¡Santiago y á ellos! es la divisa española, y bajo tan santa enseña todos el peligro arrostran; todos con fe y entusiasmo embisten las huestes moras, que por bravas amedrentan, y por crecidas asombran.

Las arenas del desierto, las innumerables olas del mar; todas las estrellas que en el firmamento brotan más fácil de contar fueran que aquellas bárbaras hordas que contra la cruz de Cristo los sectarios de Mahoma lanzan por siglos y siglos; ya vencemos, nos derrotan, y volvemos á la lucha y ganamos y á por otra y al perder, cuando se pierde siempre se grita «no importa jamás tendrán esos bárbaros lo que no conquistó Roma.»

Tal decían nuestros padres, los de las empresas locas, los que encontraron un mundo del Océano en las sombras los que á estos mares pusieron su intrépida y ruda proa y con la cruz por enseña el Archipiélago arrollan sin saber que aún quedan moros, que aun hay moros en la costa. ¿Qué dirán nuestros mayores si la cerviz no se doma á esa canalla soberbia que nos persigue y acosa?

Dirán que no somos hijos, que no somos ni la sombra de los que sólo con sangre sabían limpiar sus cotas; que no somos castellanos, que ya es vergüenza notoria, que Joló siga en su sitio, y á fé que razón les sobra. ¿Y cómo no ha de sobrarles si la bandera gloriosa de castillos y leones el ruin joloano dobla y la devuelve, diciendo: «que las paces están rotas» y la enseña de Castilla les sirve de escarnio y mofa?

No tienen ellos la culpa; tiénela, quien ni aun en broma pactó con sus enemigos: jamás el cristiano aborda paces con quienes las rompen á la larga ó á la corta. «Política de atracción....» frase sublime, preciosa, bello emblema de la paz que aquí rechaza la lógica; son moros y siempre moros que cautivan, que nos roban diariamente, y España les da lo que no le sobra. ya está empeñada la lucha: júbilo el alma rebosa: vamos á lidiar con ellos: haya lucha y sea pronta.

El gobierno se prepara; víveres aprovisiona, heta vapores, no hay buques que sobre las mansas ondas quieran mecarse, que todos desean ser de la flota.

Intrigan los regimientos; la artillería va toda; ¿por qué no, siendo españoles? los militares acosan al general para ir, como si fuera una boda... ¡así piensan los valientes! ¡ay! de los que no lo logran.

El público, que no puede ser militar, manos toma en el asunto y lo mismo

regala pesos, que onzas,
comestibles y bebidas,
tabacos, buques y ropas.
¡Y hay padres que dan sus hijos!
Después de esto, desde ahora,
hay que vencer que sus madres
podrían volverse locas
al ver que no tienen hijos
si la empresa se malogra.

No temáis, matronas fuertes,
no temáis, nobles señoras,
«que en Joló ni en los sepulcros
ha de quedar una losa.»

Esto el genio de la guerra
murmuraba con voz ronca,
y cuanto él dice, se hace
siempre, se cumple y de sobra.

La marcha será muy pronto:
el día fijo se ignora;
nunca para el bien fué tarde;
saldremos cuando disponga
el general; sólo él sabe
cuando salir nos importa;
pero yo sé que llegamos
y que tomamos las costas
y que venga lo que venga,
ninguno acá vivo torna
si no se toma Joló:

si hay quien duda se le ahorca.
¿Más quién duda, vive Cristo,
cuando la razón nos sobra,
cuando la patria nos muestra
las cumbres de Covadonga?
Covadonga aquí es Luzón;
Mindanao fué Tolosa,
Joló debe ser Granada.

¡¡¡A JOLÓ!!! Si no se toma,
si no queda por nosotros,
monstruos marinos me coman,
antes que bese las playas
de mi codiciada Europa!

VI

LA PARTIDA

¿Qué sucede en Filipinas,
que su pueblo bate palmas,
que Manila se estremece
de júbilo y se engalana
y se agita y se conmueve
y van y vienen y andan
y desde el *castilla* al indio,
al despuntar la mañana
lentos de júbilo, todos
recorren calles y plazas?
¿Qué pasa aquí? ¿qué sucede?
Sucede una cosa rara:
pasa que las tropas salen,
que el ejército se embarca,
que va a lidiar con los moros,
que va a vencer por España,
que va a vencer y a triunfar
de la ruin grey joloana,
de esos piratas que nunca
supieron darnos la cara.

Tan grande es el entusiasmo,
que cocineros y batas;
todos están en el Pasig:
quedeme yo sólo en casa
esperando el desayuno,
y como esperar no cansa,
dí dos vueltas a la llave,
puse mis botas en marcha
y encontré en la riberita
al mozo que fué a la plaza.

Quiero argüirle, y me dijo,
«pues qué ¿yo no tengo patria?»

Aquí estoy porque he venido
porque las tropas se marchan
y si por V. no fuera
ya hubiera sentado plaza.

«Si el señor no come hoy,
mire y comerá mañana;
y no cuente V. conmigo
señor, hasta que se vayan.

Giré a la izquierda; marchéme;
no pronuncié una palabra;
pero pensé que el tunante
es filipino entusiastas;
me alejé, saqué el pañuelo,

limpié una furtiva lágrima
y dije «á estar como él
yo viera Joló y sus playas».

Desde antes de ser de día
Manila se desbordaba
y hacia el malecon del Norte
afluyen sus oleadas,
pues que, de allí parten las
tropas espedicionarias.

Antes que brille la aurora
se oye la alegre diana
y hacia Malate y Tandunay
se oyen cornetas y bandas
y bien pronto aparecieron
las arrogantes escuadras,
que vapores de bahía
transportan a los que aguardan
impacientes: cual la sangre
española, en sus entrañas
hierve el vapor, que ya todos
desean levar el ancla
y los marinos leales
consultan libros y mapas,
á fin de ver quien primero
las aguas de Joló gana.

Ignoran los capitanes
el rumbo que se les manda
seguir en pliego cerrado,
que abrir deben en mar alta;
así es que botan y juran
los que el embarque retrasan
y apenas se encuentran listos
al corregidor se largan,
andando más que un crucero
inglés, de un negrero á caza.

Sobre las once serían
cuando anunciaron las salvas
que el general con su séquito
al embarcadero avanza,
donde para despedirle
todo Manila le aguarda.
Ya la marcha real denuncia
su presencia: se le aclama
con frenesí, que Manila
no encierra más que entusiastas,
que si no van a Joló
todos, todos le acompañan,
los que no con su persona,
con su ofrenda y con su alma.

Llega el momento solemne
de partir: mi pluma calla,
que escena tal sólo pintan
los que el mundo con su fama
llenaron, hijos del genio
cuyo pensamiento abarca
lo sublime de un momento;
pasado y futuro enlazan
con lo presente; se inspiran,
y cual los profetas, lanzan
cantos épicos, eternos,
que generaciones guardan
para enseñanza de pueblos
como reliquias sagradas.
¡Quién cual Homero pudiera
legar al mundo una iliada
ó cual esforzado Ercilla
tejer otra Araucana.

ó como el naufrago Cámoens
salvarse con sus *Lusiadas*
del naufragio del olvido!
La inmortalidad alcanzan
los genios que fe atesoran,
y yo ni aun tengo esperanza.
¿Por qué á mis débiles fuerzas
imponer tan ruda carga?

Tan imponente momento
pinten los que empresas altas
sabrán poner de relieve
al ir de hazaña en hazaña;
al marchar de triunfo en triunfo
sobre la grey joloana,
que allá van los españoles
y tienen razón y basta.

De las orillas de el Pasig,
barómetro fiel, que marca
la riqueza y el comercio,
según las naves que pasan
desde la inmensa bahía
hacia Manila la barra,
entre vítores y aplausos

partió una pequeña lancha,
que por lo veloz admira
y por lo potente pasma,
remolcando la falúa
que magestuosa avanza
llevando al ilustre jefe
que se dirige á la escuadra.

Más tarde, en un vaporcito
penetraron seis hermanas,
que van á asistir enfermos
de la caridad en alas,
y los reverendos padres,
que en los campos de batalla
como ministros sagrados
van á cumplir su ley santa.

Ya todos de aquí se alejan,
¡¡el cielo con ellos vayall...
Sólo hay ya en el horizonte
humo negro y lonas blancas.
Los argelinos de Oriente,
los miserables piratas,
tendrán el justo castigo
que la justicia demanda.

LA CRUZ y la MEDIA LUNA,
pronto medirán sus armas;
mas ante la cruz de Cristo
y ante la cruz de la espada,
á ocultarse en sus breñales
irán las huestes fanáticas
exclamando ¡*estaba escrito!*
huyendo á la desbandada,
huyendo á todo correr
del ejército y la armada;
huyendo de los valientes
que el bravo MALCAMPO manda.

VII

EN ZAMBOANGA

De Zamboanga las calles
cruza en confuso desorden
el ejército y la armada:
indigenas y españoles
por su alegría demuestran
ser de la gente *del bronce*;
pero como á *nadie faltan*
se aplaude y se reconoce
que es natural se despidan
con cantos y diversiones
los que llenos de entusiasmo
á buscar la muerte corren,
porque lo exige la Patria
y ante tan augusto nombre
sacrificarse por ella
patrimonio es de almas nobles.

En Zamboanga encontraron
descanso y habitaciones,
gracias al celo de Vera,
que diligente, dispone
camarines, cuanto falta
sin recursos y sin hombres
cumpliendo, cual siempre cumplen
los fieles gobernadores.

Los naturales y todos
cumplen sus disposiciones
y todo allí se improvisa
de la mañana á la noche.

¿Qué extraño es que aquellos días
recuerden patrias canciones
los que por España lidian,
los que tal vez ya no tornen
á sus humildes aldeas,
donde están sus afecciones,
donde las madres esperan,
donde quedan sus amores?

El entusiasmo que reina
el ánimo predispone
y las voluntades ata
con lazos que no se rompen,
con lazos que duran, mientras
alientan los corazones.

Zamboanga en campamento
en sólo un día tornóse
y en su turbulenta rada
la de corrientes veloces,
tranquilamente fondean
cañoneros y vapores:
la más poderosa escuadra
que aquellos mares conocen
y hasta orgullosas se muestran

sus aguas teniendo á flote tanto valor y heroísmo, tanto entusiasta que afronte llenos de abnegación santa asechanzas y traiciones de los piratas fanáticos que escándalo son del orbe.

Para que nada nos falte para que todo nos sobre, los tiempos de las Cruzadas dignos de eterno renombre, hoy de nuevo reverdecen las antiguas tradiciones que á los ayes de la Patria siempre los buenos responden.

Nuevo Pedro el ermitaño el P. Zuco, se pone con sus bravos feligreses del general á las órdenes, y á pesar de sus cincuenta, fuerte y duro como un roble, ni los combates le arredran ni los peligros le imponen ni los moros le intimidan ni abriga su alma temores que sus *Cagayanes* cumplen cuanto su jefe dispone y han jurado morir todos donde su pendón tremole donde los guie su Padre su jefe y su sacerdote.

Con marcial desembarazo marcha aquella tropa joven uniformes en su marcha como en su traje uniformes; sobre su pecho un escudo que forma patrios colores campea una cruz roja por la que se reconoce á los modernos cruzados de la vida en los albores, cuyo júbilo entusiasta retrata su altivo porte.

Más que reclutas, parecen aguerridos vencedores y caminan entre aplausos, pasan entre bendiciones, los que su hogar abandonan los que dejan sus labores, por que el traidor joloano, que nuestra ley desconoce, ante la enseña de Cristo y nuestra España se postre, ó para siempre del mapa tanta ignominia se borre.

Y cuentan que no están todos que allá esperando trasportes quedan otros cuatrocientos, rugiendo como leones encadenados, al ver fallidas sus ilusiones que España, ó Joló juraron; victoria, ó muerte es el mote, que campea en su estandarte y alienta á los campeones y esperan que la victoria su patriotismo acrisole.

Los zamboanguenios leales se alistan y se disponen á ser de la expedición; su retraimiento rompen y palmas, vivas y aplausos en su camino recogen los que antes nos parecían cobardes sinó traidores.

Cuando todo está dispuesto, cuando el general dispone se hace á la mar el ejército que es del islamismo azote que no hallará en su camino ni peligro que no arrostre, ni obstáculo que no venza ni enemigo que no dome ni agravios que no castigue ni hay quien el paso le estorbe.

Qué la enseña de Castilla todas las cottas corone; que los terribles piratas se internarán en los bosques; que lucharán como hienas,

que jamás clemencia imploren, no habrá quien lo ponga en duda; qué castellanos leones los buscan en sus guaridas y que serán vencedores hemos convenido en ello todo el mundo lo supone no sólo aquí y en España sinó en todas las naciones, que al pueblo de los *dos mundos*, todo el mundo le conoce.

¿Donde será el desembarco?... Sólo esta frase se oye á bordo en todos los buques, en la silenciosa noche y cuando nadie contesta será que todos lo ignoren; mas no que van á batirse con joloanos feroces con fanáticos piratas con fieras y no con hombres, con tigres que en sus breñales el odio y la rabia esconden devorando su soberbia, aunque la ira rebose en sus pechos, porque sueñan que nadie á Joló se impone.

Ya las cumbres joloanas festonan el horizonte; ya se acercan y parece un canastillo de flores, que sobre la mar flotando brindando dichas y goces, es un nido de serpientes, que iluminan los fulgores de un sol intertropical, sol que rival no conoce, cuyos orientales rayos en prismas mil descomponen, cuando al declinar el día siembra misterios sin nombre, misterios inesplicables, que alma y pensamiento absorben.

Ancora largan los buques, tiende sus sombras la noche y cuando tras el Budatto la blanca luna traspone, un soñador marmuraba, no han de pasar muchos soles sin que el pendón de Castilla en sus fortalezas fiote, que así lo exige la honra, lo piden nuestros blasones y entre la afrenta y la muerte siempre la muerte se escoge, que donde exista amor patrio, donde el entusiasmo brote allí estara la victora, que Dios á los buenos oye.

Cual torrente desbordado que diques arrasa y rompe iremos contra el pirata, contra Mahoma, y entonces verán que España prosigue la senda de sus mayores, que siempre á mayor ultraje, mayor correctivo pone; la humanidad es su lema, la religión es su norte grito de guerra ¡Santiago! ¡España y Alfonso XIII!

JOSE ALVAREZ SIERRA

DEL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

PROLOGO

Enseñaremos todas las cosas y guiaremos á todos por el camino de la verdad. (S. Juan, c. XIV, v. 26.)

En estos días en que Victor Manuel baja á la tumba, recrudence la campaña de los amigos del Papa contra los ideales modernos, y como si hubiese llegado el momento de ganarse la batalla,

cada neo-católico parece un granadero de los de Federico I de Prusia, y cada cura un artillero de los de Napoleón.

En Italia como en Francia, en Portugal como en España, la prensa católica apura las frases más apasionadas de su vocabulario por defender, lo que ella llama sus reconocidos derechos, siendo lo más extraño de todo que los neo-católicos españoles sean los que más vociferen en esta gritería clerical que amenaza ahogar la voz de la verdad y de la razón que después de todo se deja oír en todas partes donde el fanatismo y la intolerancia no domina.

Ahora mismo sostiene con gran entusiasmo la prensa neo-católica española, para defender las ideas religiosas que utilizan sus amigos como un medio de gobierno, convirtiendo al catolicismo en suplemento de la guardia civil y á Dios en una especie de inmenso vigilante de policia, que la revolución ha tratado mal al clero.

No le tratamos tan mal, nosotros los revolucionarios, como las *Ordenanzas de Tolosa*, que privaban de voto para elecciones concejiles á todo elector que al ir á votar se encontrara con un clérigo, ni debía ser tan venerando el respeto de los gobiernos españoles al culto, en los tiempos más católicos de España, cuando Carlos I asaltó á Roma y las tropas del Condestable de Borbón la entraron á saco, profanaron sus templos, expulsaron de ellos á las religiosas, forzaron las doncellas y los mismos soldados se vistieron como obispos y sacerdotes para hacer escarnio de la iglesia.

Se escandalizan los neo-católicos porque un diputado de la nación, D. Eugenio Garcia Ruiz, que explicó el sentido de sus palabras de un modo que no debían ignorar los que le acusan, llamó *monserga* al misterio de la Santísima Trinidad; y más hacían los soldados españoles de un rey católico cantando al pie de la prisión de un Pontífice, encarcelado por ellos, esta copla:

«Padre nuestro, en cuanto Papa,
sois clemente sin que os cuadre,
mas reniego yo del padre
que al hijo quita la capa.»

¿Es esta la veneranda tradición de nuestro pueblo que los neo-católicos suponen injuriada por la revolución, cuando ningún revolucionario español ha profanado una catedral arrastrando por sus suelos á una persona cristiana, constituida legalmente en autoridad?

Ningún revolucionario español, ni aun los cantonales, ha hecho lo que las facciones absolutistas en Igualada, que no dejaron atrás los crímenes cometidos por las huestes de un rey absoluto, en Roma, crímenes estos que llegaron al extremo de profanar la tumba de Julio II y su cadáver, porque supieron que tenía un anillo riquísimo en un dedo.

Antes de nosotros, D. Diego Hurtado de Mendoza, consejero de Carlos I, sostenía la doctrina que niega á los Papas el poder temporal, doctrina que enunciaba diciendo que se debía quitar al Pontífice *el poder temporal, llave de abrir y cerrar las guerras*.

Bien es verdad que los que esto hacían llevaban á la hoguera á todo supuesto ó real enemigo del Papa, por unas cuantas palabras que les parecían sospechosas, cuando no por otros motivos más pueriles.

Y esas mismas generaciones, tan religiosas,

cuyo sentido moral han creído ver ultrajado por la revolución los neos-católicos, tenían refranes como los siguientes: «A la puerta del hombre rezador no pongas tu trigo al sol: Cuentas de beato y uñas de gato: Parece tonto y pide para las ánimas: El lobo, harto de carne, se mete á fraile: El abad y el gorrión dos malas aves son: Al fraile hueco, sogá verde y almendro seco: Reniega de sermón que acaba en *daca*: Nunca vide cosa menos, que de Abriles y obispos buenos: Clérigo, fraile ó judío, no le tengas por amigo: Camino de Roma, ni mula coja, ni bolsa floja: Bien se está San Pedro en Roma, aunque no coma: Bula del Papa, ponla en la cabeza y paga la de plata: Roma, Roma, la que á los locos doma y á los cuerdos no perdona.»

Ni ha sido ahora, sino en tiempos muy católicos, cuando Zárate decía en su comedia *Mudarse por mejorarse*:

La corte tiene fatiga,
El Papa se está á sus vicios,
Y al que tiene linda amiga,
Le hace lindos servicios.

O cuando Tirso, en su *Don Gil de las calzas verdes*, decía:

Y él comiéndose un capón
(Que tenía con ensanchas
La conciencia por ser ancha
Las que teólofas son),
Quedándose con los dos
Alones, cabeceando,
Decía, al cielo mirando:
«¡Ay, ama, que bueno es Dios!»

O cuando nuestro gran Calderón, en su comedia *La piel de Gedeón*, decía:

«O Dios ó no Dios ha sido
El ídolo derribado:
Si no es Dios, ¿qué os he quitado?
Si es Dios, ¿á quién he ofendido?»
TODOS. A él.
GEDEÓN. ¿Pues para qué atrevido,
Si El es Dios, contra los dos,
Pueblo, su defensa vos
Tomáis sañudo y cruel?
Si El es Dios, dejadle á El,
Que El se vengará si es Dios.»

Ya ven los neo-católicos españoles si son tradicionales las muestras de respeto al catolicismo y al clero en nuestro país.

Y sin embargo, por una política de guerra, en frente de la guerra, quieren los neo-católicos hacer á la revolución responsable de actos que no llegan, ni con mucho, á donde ha llegado el vandalismo de algunos presbíteros guerrilleros, ni la actitud odiosa y rebelde al gobierno constituido y á la soberanía nacional, de parte no escasa de los ministros del Señor.

Pero ya que así lo cree oportuno la prensa neo-católica, no pretenda escribir nuestra historia al revés, ni hablar de objetos venerandos, por nadie más ofendidos que por los mismos elementos tradicionales.

Para los que hacen alarde de la política religiosa y anatematizan cuanto crea y defienda [el siglo XIX escribimos el presente libro. Dedicado á examinar las fases más culminantes del pontificado, en sus relaciones con su poder temporal que acaba de perder para siempre, desde el día que evacuaron á Roma las tropas de Napoleón el pequeño, y entraban en la Ciudad Eterna los soldados del rey Víctor Manuel.

Pero ¡ay! los que habían creído que el Papa

se podría resignar á ejercer su poder sobre el dominio de la Iglesia, con exclusión de todo mando temporal, estaban en un error.

Pío IX no cede jamás. Como Pío VI, cuando por Napoleón I se vió despojado de sus Estados, no se considera Papa sin el dominio de lo temporal, y en una contradicción eterna con los principios de su iglesia, anatematiza cuanto pueda oponerse á la preponderancia del papado.

Calientes aún los restos inanimados de Víctor Manuel, y cuando el pueblo de Roma autorizaba con su beneplácito la proclamación de Humberto, y todas las naciones se apresuraban á reconocerle como al rey de Italia, el Papa protesta de su elección y se presenta al mundo como un mártir, reclamando la devolución de lo que él dice pertenecerle.

L'Osservatore Cattolico acaba de publicar la circular dirigida por el cardenal Simeoni inmediatamente después de la muerte de Víctor Manuel, para protestar, en nombre de Pío IX, contra el advenimiento de Humberto, y esta protesta (dígase de ella lo que se quiera), nos parece un hecho de innegable gravedad. Hé aquí el documento:

«Palacio del Vaticano 17 de Enero de 1878.—Recordando los sagrados deberes que le incumben de proteger los derechos imprescriptibles de la Santa Sede, el Soberano Pontífice ha tenido siempre cuidado de protestar contra las sacrilegas empresas, sucesivamente dirigidas por el gobierno piomontés contra el poder temporal de la Santa Sede.

«Entre esas protestas de todas clases, es necesario recordar especialmente, en vista de las circunstancias que las han provocado, la nota dirigida por orden de Su Santidad al cuerpo diplomático el 24 de Marzo de 1860, en la cual protesta contra la anexión de la Romanía al Piamonte; las del 18 y 24 de Setiembre del mismo año, con motivo de la invasión de las Marcas y la Umbria, la del 15 de Abril de 1861, después de la usurpación del título de rey de Italia por Víctor Manuel de Saboya; en fin, la del 20 de Setiembre de 1870, fecha de la nefanda ocupación de Roma.

«Estas solemnes protestas conservan toda su fuerza, y el trascurso de los años, lejos de atenuarlas, ha confirmado, por el contrario, toda su justicia y necesidad, puesto que una triste experiencia ha hecho ver los obstáculos que el Padre Santo ha encontrado en el ejercicio de su ministerio apostólico desde el momento en que fué despojado de sus Estados.

«Esto sentado, puesto que después de la muerte del rey, su hijo mayor, tomando solemnemente el título de rey de Italia, ha pretendido sancionar la expoliación ya consumada, es imposible á la Santa Sede el guardar un silencio del que algunos podrían sacar deducciones falsas, dándole una significación errónea.

«Por estos motivos, y para llamar de nuevo la atención de las potencias acerca de la dura situación en que la Iglesia continúa, Su Santidad ha ordenado al infrascrito cardenal secretario de Estado que proteste y reclame de nuevo, con objeto de mantener intacto, contra una inicua explotación, el derecho de la Iglesia sobre los antiguos dominios destinados por la Providencia á asegurar la independencia de los Pontífices romanos, la plena libertad de un ministerio

apostólico y la paz y la tranquilidad de los católicos esparcidos por todo el universo.

«El infrascrito cardenal secretario de Estado, cumpliendo las órdenes de Su Santidad, formula, pues, la mayor y más formal protesta contra el hecho arriba indicado y contra la sanción que con el mismo se pretende dar á la usurpación cometida en detrimento de la Santa Sede.

«Rogando á V. E. que ponga esta protesta en conocimiento de su gobierno, el infrascrito, etc.—Juan, cardenal Simeón.»

No se puede pedir más ceguedad ni más soberbia en un Pontífice. Llamar á Humberto rey del Piamonte cuando toda la Italia le ha proclamado con el mayor entusiasmo, como reconoció con igual nombre á su padre Víctor Manuel; no aceptar la unidad italiana por la que tanto ilustre patriota ha vertido su sangre; protestar de la ocupación de Roma por las tropas de la nación cuando el plebiscito popular de todos los ciudadanos de la Ciudad Eterna (¡á excepción de 44 votos!) lo reconoce, y oponerse en un documento público á los hechos consumados y ya reconocidos por todas las potencias del mundo, es una locura propia del fanatismo imperante, desde muy antiguo, en la corte del Vaticano, donde la soberbia impera, no obstante la humildad con que tratan de revestir todos sus actos los llamados por antonomasia, sucesores del apóstol Pedro, sin darse cuenta de que viven hoy divorciados del sentimiento público, porque la filosofía moderna ha implantado el libre examen, ha desamortizado los Evangelios, y la crítica racional considera estos libros solamente como la creación de grandes verdades morales y religiosas reveladas por la inspiración de aquel que supo buscar en su apostolado verdaderos corazones fuertes para luchar contra el paganismo y la idolatría de una generación decrepita y roída por sus mismos vicios.

Bajo este punto de vista, la situación del papado en el siglo actual, es digna de estudio. La crisis porque atraviesa en estos días, para él de verdadera angustia, es lo que nos proponemos reseñar en este libro que escribimos sin preocupaciones ni intransigencias y sólo para ilustrar á la opinión sobre una de estas cuestiones que tanto preocupa á los políticos y religiosos de nuestros días.

Pero antes de terminar este, que á manera de profacio escribimos á la cabeza de estas páginas, hemos de decir que dedicamos las mismas á todos aquellos buenos cristianos que recordando las conquistas de nuestro siglo, viven en las fronteras del libre examen, esperando ocasión propicia para pasarse al campo de la heterodoxia donde con fría imparcialidad, abriendo los ojos que les ha cerrado la fe, puedan discurrir libres con su propia conciencia y conocer los grandes errores en que el catolicismo, como todas las religiones positivas, tiene necesidad de sostener como principio de su ortodoxia.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX, no tiene otro objeto que el de descatalogar á los buenos españoles que no estén reñidos con la libertad y el libre examen.

Lisboa 4 de Enero de 1879.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

REVISTA DE MADRID

El ingreso de Zorrilla en la Academia Española á ocupar el sillón que en ella se le concedió hace treinta y siete años, fué el suceso más importante de la última quincena, si hacemos abstracción de sucesos baladíes y pequeñeces insignificantes, de esas que constituyen lo que algunos llaman el *pan cotidiano* de la voracidad madrileña. En esta lucha diaria con lo pequeño es conveniente, de cuando en cuando, detenerse, apartar la vista de la tierra y alzarla al cielo para embeberse en la contemplación del sol ó las estrellas. Esos altos en la lucha por la existencia solazan el espíritu, le hacen bien, le dan fuerzas, le reconstituyen para proseguir la jornada, y cuando nuevamente se emprende la senda y se vuelve al camino y se reanuda la penosa marcha, los ojos conservan algo de la luz que han entrevisto en el cémit, los pulmones se nutren con el aire puro y perfumado que llegó á ellos en la altura.

Y nada más á propósito para provocar esta elevación de ideas, este apartamiento de las cosas terrenales, que el nombre y la personalidad de Zorrilla, el poeta de la España contemporánea, el evocador de épocas muertas, que resucitando seres y cosas al calor de su fantasía pobló el espacio con sus maravillosas creaciones y forjó toda una vida ficticia, todo un mundo extraordinario y caprichoso; personajes de alma de luz y cuerpo ténue como el vapor de niebla que por las mañanas, cuando el alba asoma tras el horizonte, envuelve las cumbres y se rompe en girones y se deshace en rocío cuando el primer rayo del sol la hiera.

¡Gran contraste entre Víctor Hugo y Zorrilla, pero también gran analogía! Semejantes como poetas, opuestos como pensadores. Víctor Hugo es el propagador de la idea, entona el triunfo del progreso, presagia el porvenir y le saluda; Zorrilla es el evocador de las edades muertas, se adhiere fuertemente al pasado, y llora inclinado sobre su tumba, tratando inútilmente de hacerle revivir. Víctor Hugo canta y hace del verso ariete y propaganda; Zorrilla canta como canta el pájaro en el árbol el color y el perfume de las flores. La poesía de Víctor Hugo se adelanta á su siglo; la poesía de Zorrilla se queda detrás de él, sintiendo como la nostalgia de otras épocas y otros hombres.

¿Es esto decir que el poeta español es inferior en mérito al poeta francés? Cuestión compleja y de no fácil solución comparar entre sí términos tan heterogéneos. Víctor Hugo y Zorrilla tienen de común la inspiración que al nacer bañó su cuna; los dos cantan en esta edad de miserias y positivismo, pero se separan uno de otro, siguen sendas opuestas, se hace el uno voz del siglo, eco de la generación presente, y canta sus angustias y sus dolores, y dice lo que espera y lo que teme, y su poesía es el himno rudo del combate que mana potente en lo más fragoso de la lucha. Zorrilla, por el contrario, se aleja del mundo, como si el mundo le dañase y le hiciese mal; para él la vida moderna no tiene nada hermoso, nada grato; se aísla, se retira á la soledad, se duerme al pie de las catedrales góticas cuyas agujas señalan á la almas el camino de lo infinito, al pie de los sepulcros cincelados donde yacen orgullosos caballeros que conquistaron lauros sin fin en las Cruzadas y en las guerras con los moros, y bellas damas por cuyos oídos penetraron en oleadas de armonía los dulces ecos de los sentidos trovadores provenzales. A ese mundo fantástico pidió su inspiración, y evocados por él, obedientes á su voz, aquellos personajes y aquellos tiempos se alzaron del polvo de sus tumbas, surgieron de repente alfombrando los caminos, coronando las llanuras; reconstruyéronse como por arte de misterioso encantamiento alcázares y castillos, y tornaron á rondar por sus almenas soldados cristianos y centinelas musulmanas, mientras se confundían en el viento los gritos de guerra de las poblaciones castellanas y las voces de los *muezines* que desde lo alto de los minaretes encomendaban á la misericordia infinita del alma de los moros que caían en la batalla. Y en este despertar magnífico de todo un mundo, despertaron también, tomaron forma nuevamente los seres extraños cuya creencia constituía el fondo poético de las pasadas religiones, y sílfides, ondinas, sílfos, hadas, genies, se alzaron de entre el capullo de las flores, de entre las grietas de los torreones,

como fantástico enjambre de mariposas asustadas por un rumor cualquiera.

La poesía de Zorrilla es la poesía en su aspecto más simple y más sencillo; la poesía que encanta las horas y da paz al alma y sueños hermosos al espíritu. Es el hada misteriosa que alienta y vive lejos, muy lejos de la tierra, en el fondo más escondido de los bosques, en las grutas que guarda el génio, en las cumbres á que sólo llegan las águilas, en el límite del horizonte por donde sale el sol á la mañana, donde se oculta á la tarde. No es arma de combate, voz de lucha, grito de pasión, explosión de un sentimiento, sino raudal de celestiales armonías que el viento arrastra en sus giros interminables y que se pierden á lo lejos semejantes á una música deliciosa. No sirve á nadie, ni á una idea, ni á un hombre, ni á una institución, ni á un siglo; no es sacerdote de ningún culto ni sacrifica en ningún altar; es libre como el pájaro, como el pensamiento, y libre recorre el espacio arropada en una nube, asida al rayo de una estrella, vagando por el disco argentado de la luna. No la pidáis argumentos para convencer, ni ánimos para luchar; pedidla sólo historias y canciones. Ella sabe el secreto de los harenes, los idilios de los jardines, preside los amores de las rosas y el casamiento de los pájaros; entiende lo que dice el arroyo cuando se desliza tranquilamente por el llano y lo que la fuente le responde al propio tiempo que corre entre las peñas de que mana. En la noche, en las tinieblas, allí donde nada veis vosotros, sus miradas descubren el infinito, y en él ve á Dios en el cielo y á los genios en la tierra rondando por la falda de las montañas, corriendo entre los árboles del bosque, meciéndose en hilos invisibles que cuelgan del tallo delgado de las plantas y los arbutos. Ella sabe lo que pasó en las edades lejanas y distantes cuando aún la historia no marcaba los hechos de los hombres; todo monumento la cuenta su tradición; toda imagen la dice su leyenda, y de esos cuentos, de esas leyendas, de esas tradiciones hace ella sus magníficos relatos, que suenan en nuestros oídos como ecos de algo divino y celestial.

Esta poesía, que es la poesía de Zorrilla, es la que entró el último domingo en la Academia, vasto panteón, archivo de glorias muertas, hacinamiento de libros que dejaron de leerse hace ya tiempo. Allí está bien, en ese sagrado refugio al que no llegan las agitaciones de este mundo. Los tiempos son de lucha, ha dicho el poeta que hoy personifica mas nuestra edad batalladora; los tiempos son de lucha, y la voz de los antiguos trovadores es harto débil para hacerse oír en medio del tumulto de la batalla. Hoy, cuando el poeta quiere cantar, no canta lo que vive fuera de él, sino lo que pasa en su interior, y sus cantos son quejas de duelo como las rimas de Bequer; *gritos del combate*, como las poesías de Núñez de Arce, ó risas sarcásticas, como las dolores de Campoamor. Al desaparecer ó transformarse el viejo hogar castellano, hundiéndose entre los escombros el asiento destinado al trovador, á cuyo cargo estaba el entretenimiento de la velada. Hoy la lucha no da treguas para las delectaciones del espíritu. Quizá mañana resucite; hoy yace aletargada al pie de los sepulcros rotos, de los castillos desmoronados, de los palacios derruidos. Hora era ya de que el poeta colgase su lira y se sentase á su sombra. Hora era ya de que el poeta entrase á descansar, á dormir, en el recinto silencioso de la Academia.

Hace algún tiempo tengo sobre la mesa dos libros en que quiero ocuparme, y hasta hoy me ha sido imposible hacerlo. Los dos son igualmente atractivos é interesantes: uno es *El Cisne de Vilamorta*, última novela de doña Emilia Pardo Bazán; otro las *Poesías*, de Amicis, concienzudamente traducidas en verso castellano, por D. Hermenegildo Giner. A uno y otro he de consagrar algún espacio, ya que no todo el que se merecen.

La publicación de un nuevo libro de la señora Pardo Bazán es un acontecimiento literario. Desde que dió á luz su primera obra, aquel *Pascual López* que hizo concebir tantas esperanzas—realizadas más tarde todas ellas—cada vez que llama á sí la atención del público oye el ruido estrepitoso de un aplauso. *Un viaje de novios*, luego, *La Tribuna* después, acrecentaron su fama de no-

velista; sus artículos sobre *La cuestión palpitante*, valiéronla diploma de crítica ilustrada y concienzuda, y desde entonces su nombre es uno de los pocos que ofrecen garantía en el mercado de las letras. Sus libros, anunciados de antemano, son esperados con interés, leídos con gusto y discutidos por la prensa. El banquete que aprovechando su estancia en Madrid la ofrecieron algunos de sus admiradores—verdaderas eminencias literarias—prueba á un tiempo las simpatías que se ha captado y el aprecio en que es tenida.

El Cisne de Vilamorta, sin ser una novela de trascendencia y alto vuelo, es, sin embargo, una gallarda muestra de las brillantes facultades de su autora. Propúsose la Sra. Pardo Bazán hacer la novela de un señor de aldea, y fiel á los principios naturalistas de que es á la vez partidaria y propagadora, copió del natural el tipo que encontró en el camino; no es culpa suya si ese tipo es vulgar, y por tanto, no resulta interesante. La obra, sin embargo, lo es, aunque otra cosa opine un ilustrado crítico cuyos trabajos leo siempre con gusto; la da interés la hermosa figura de Leocadia, que es la verdadera protagonista; sin el tipo de la maestra, tan admirablemente dibujado, el libro sería un lago tranquilo cuya superficie es apenas rizada por ligeras piedrecillas; pero Leocadia le anima, le presta vida, le imprime carácter. Allí, en su corazón de madre, en su alma sedienta de los goces del amor está la lucha y ruje la tempestad desencadenada y sobreviene la catástrofe. Leocadia asume en sí todo el interés de la novela. Cuando ella se presenta, las demás figuras quedan oscurecidas y como anuladas. Brilla sin rival en el cielo de Vilamorta, y los otros personajes no son sino satélites que en derredor suyo se mueven, cuerpos opacos que ella alimenta con su luz y que sirven para realzar más sus rasgos distintivos. No aparece más que en un tercio de la obra, y, no obstante, la llena toda entera.

Cerca de ella, á su lado, agarrándose con desesperación á su falda, besando sus rodillas, Minguitos, el pobre orobado, deja oír sus lastimeros arrullos. En él ha puesto la autora de *La Tribuna* sus delicadezas de mujer y sus ternuras de madre. El pobre niño se queja, y su vocecita nos parece eco de otras voces que quedaron impresas fuertemente en nuestro oído. Aquí la Sra. Pardo Bazán se eleva á gran altura. Su pluma es la misma pluma de Galdós cantando tristezas de Mariñela y enfermedades de Monina. Los demás personajes que figuran en la obra están bien trazados y comprendidos, tomados muchos de ellos del natural, sobre todo, los de segunda fila, el exministro, Ayonde el boticario, Florez, de perfil enérgico; la tía Gaspara con sus sordideces de vieja avara, la de Malende con sus éxtasis poéticos, el abogado con sus puntos de vista prácticos. El despertar de Victorina, naturalísimo y pintado de mano maestra. Sólo Nieves me parece falsa, tanto como vulgar se presenta el buen Segundo y una y otro el lado débil de la novela; fortuna que la clave y el interés no están en ellos, aunque otra cosa parezca desprenderse del título que lleva la obra. Y es que Segundo no es el protagonista sino en cuanto Leocadia vive y muere por él; no es el hombre que sufre y lucha, se vence ó es vencido, sino el ídolo que acepta el sacrificio de su vida que le hacen en momentos de entusiasmo sus ilusos adoradores. La acción, fácil y desembarazada de incidentes, marcha rápidamente, quizá con demasiada rapidez, hacia el final, que es tal y como debía esperarse, dados los términos en que la fórmula se halla planteada. Algo aparece injustificado en ella, el regreso de Nieves y Segundo por el camino solitario del pinar, y la sorpresa de ambos por el ex-ministro, que ningún efecto surte y que ninguna consecuencia tiene.

Pero donde sólo hay elogios para la autora es en las descripciones, magníficos cuadros tomados del natural y que demuestran su talento observador. La vendimia, la matanza, los fuegos artificiales, son escenas vivas y animadas que toman cuerpo y se pintan enérgicamente sobre el blanco fondo del libro. Sobre todo, la última es una verdadera maravilla, y el capítulo en que se describe uno de los mejores de la obra. Es verdad que en él peca Segundo de atrevido, tanto como Nieves de tímida y pazguata, y ambos injustificadamente, pero ¿qué importa eso? El interés no está en ellos, sino en aquella plaza inmensa, envuelta en sombras al principio, bañada en luz después, alfombrada de cuerpos humanos que se ha-

cinan y se espachurran sin quejarse, sin moverse; en las ruedas luminosas que giran en múltiples círculos como arrastrados por irresistible torbellino; en las cullebrinas que se arrastran por el suelo serpeando por entre las piernas de los concurrentes; en los cohetes que suben al cielo, estallan con fuerza y caen después deshechos en lluvia de oro; en las animosidades de combistas y romeristas; en el globo de Comba que cae á tierra herido por certera piedra, mientras el globo de Romero se eleva hasta la última nube para contarle, sin duda, algo de las mezquinas luchas de los hombres. Aquí y sólo aquí, en la verdad de la pintura, y no en la falsedad de la situación, en la escena admirablemente decorada y no en la actitud de los personajes, está el interés del capítulo.

Desde ahora la Sra. Pardo Bazán, á quien se llamaba indistintamente la autora del *Viaje de novios* ó la autora de la *Tribuna*, será llamada también la autora del *Cisne de Vilamorta*. Esto es buena señal, porque á un buen autor jamás se le echan en cara obras malas. En esto estoy de acuerdo con el crítico á que antes he aludido: *El Cisne* es una de las mejores novelas entre las últimamente publicadas.

Las *Poesías* de Amicis son también un libro apreciable, libro bendito de los recuerdos de su autor, cifra de todos sus cariños y de todas sus aspiraciones. Obra de un viajero que ha recorrido tantos diversos países, que ha visto tantas diferentes costumbres y conversado

con tan distintos personajes, cada nueva impresión que un nuevo campo, un nuevo cielo le producían, ha dejado en él su huella. Hay allí cuadros breves de los desiertos africanos, campañas de los españoles, panoramas, de los paisajes holandeses, de los panoramas de Constantinopla; hay también reminiscencias de la vida militar del autor de ese breve período en que obtuvo tantas distinciones, y los horrores, las glorias, las embriagueces de la guerra están descritas con el lenguaje en que resplandece la verdad, con la poesía terrible que en sí encierran y la elocuencia del que ha sido actor en esos dramas sombríos que se desarrollan en una llanura cruzada por miles de disparos ó al pie de una trinchera tenazmente defendida. Y entre todas estas fibras que vibran al unísono, hay otra que da sonidos más fuertes, el patriotismo; el autor saluda la entrada de los italianos en Roma, la muerte del poder temporal y en una poesía, que es de las últimas del libro, dice que quisiera morir en una batalla luchando por su patria, y sabiendo, antes de cerrar los ojos para siempre, que su patria era vencedora.

Aparte de estos, que pueden llamarse rasgos distintivos de la poesía de Amicis, hay bellezas también en esas otras composiciones que no son sino el fondo común á todos los poetas; delicadezas de mujer, sentimientos apasionados de niño ansioso de cariño y de ternura, que resaltan, sobre todo, en las poesías á su madre y en las poesías que escribe sobre una cuna. No es Amicis un poeta subjetivo de esos para quienes el mundo no existe fuera de él, y que no llevando su mirada al exterior cantan solamente aquellos que les conmueve las batallas que

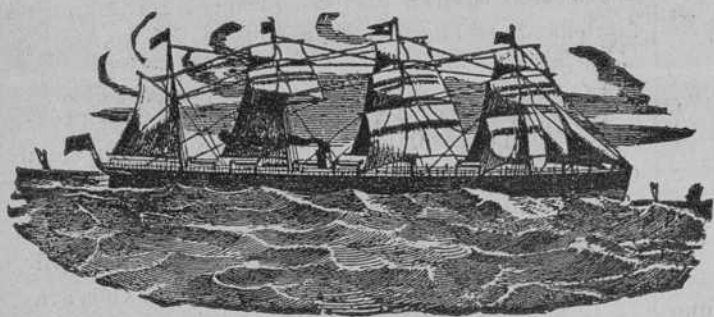
en su interior sostienen sus pasiones en lucha con sus sentimientos. La poesía de Amicis, por el contrario, es la flor que abre sus hojas y esparce su perfume embalsamando el ambiente y dando olores suavísimos á todo cuanto le rodea. No hay en sus versos trascendencia. Canta porque su corazón está lleno y el sentimiento se desborda, y sus cantos son ecos dulcísimos de suave poesía.

La traducción de estos versos, directamente hecha por el Sr. Giner de los Ríos, nada nuevo dice á los que conocen las grandes facultades del ilustrado traductor. Giner de los Ríos parece tener hacia Amicis una veneración impregnada en amor, y le traduce con el cuidado del amigo que quiere dejar para el autor toda gloria, quedándose él con todo el trabajo. Traducir versos es una impropia tarea; traducirlos bien es punto menos que imposible. Por eso cuando se ve una traducción bien hecha, adivinase enseguida en ella la mano de alguien que se ha hecho uno con el autor, y le traduce como se traduce un libro santo por un creyente, haciendo el sacrificio de su personalidad para que sólo resalte allí el concepto de la divinidad que lo inspiró. La traducción de las obras de Amicis por el Sr. Giner de los Ríos han dotado la bibliografía española de una porción de libros á cual más útiles é interesantes, y las *Poesías* que tan á la ligera examino ocupan preferente lugar entre estos últimos.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA

COMPañIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE JUNIO

El 30, de Cádiz Antonio Lopez.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fíjamente de cada mes.

El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1.º de Julio

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: La Compañía *Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador genral de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomo, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas seminales, obras notables de agricultura y la concesión gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas de Cultivos de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA *Rev.*

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13